

ESTUDIO SINTÉTICO

SOBRE

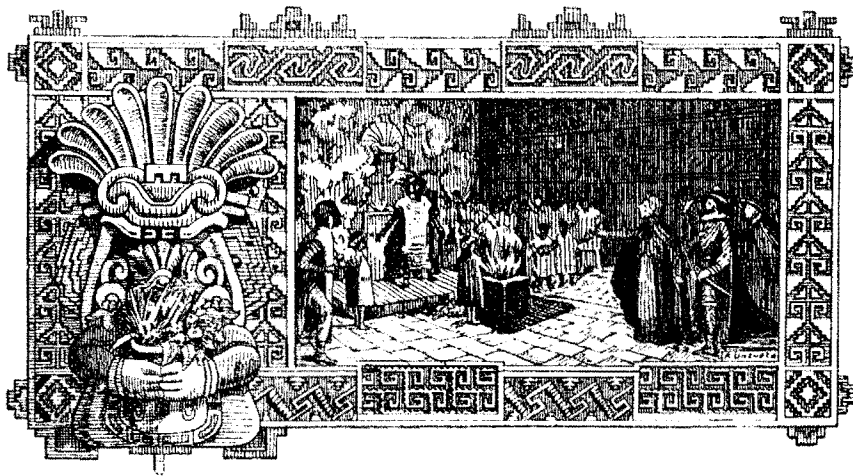
# LA GUERRA DE INDEPENDENCIA,

POR LA SRA.

REFUGIO GARCÍA DE ESPEJO.

PRESENTADO AL CONCURSO HISTÓRICO-LITERARIO ABIERTO POR EL MUSEO NACIONAL  
CON MOTIVO DEL PRIMER CENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA



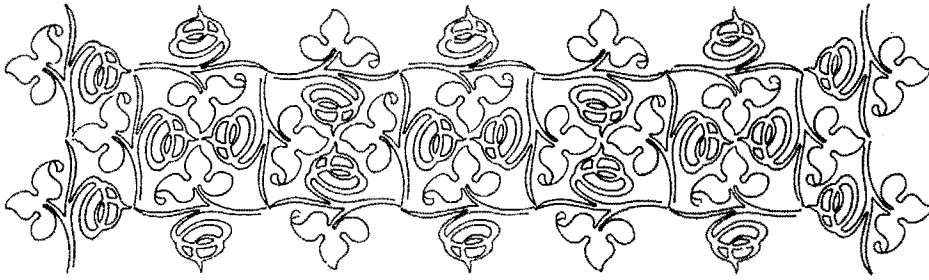


### ADVERTENCIA.

Sólo por la inmensa admiración que me inspiran los gloriosos mártires de nuestra Independencia nacional, así como los hechos portentosos de esta memorable guerra, intenté el estudio propuesto para el concurso abierto por el Museo Nacional.

Estudio semejante encierra innumerables dificultades para mi ignorancia y para la poca experiencia de la mujer en general; pero s'rvame como sincera disculpa, de lo que considero verdadero atrevimiento, el anhelo de contribuir con este insignificante recuerdo de los héroes de la patria, en el fausto aniversario de nuestra libertad.





La Independencia nacional mexicana proclamada por el insigne D. Miguel Hidalgo y Costilla en el pueblo de Dolores, el 16 de septiembre de 1810, fué un acontecimiento que por su naturaleza eminente y por las especiales circunstancias en que se verificó, puede calificarse con toda justicia y verdad histórica, de heroico, grandioso, supremo.

Basado en el derecho, en la razón, en la necesidad y sentimiento, coloca á sus defensores, á nuestros abnegados y sufridos insurgentes, en la categoría de los más admirables héroes, y á nuestra muy amada patria, entre los pueblos de la tierra que cuentan en sus fastos la más honrosa historia.

Nuestra Independencia del Gobierno Español, afectando hondamente el orgullo é intereses de España, fué ingratamente reprobada por ésta; y lo que es más, por un numeroso cortejo de serviles americanos que, doblegados por la eficacia del tiempo ante el fantasma de la religiosidad, no tenían más perspectiva de gobierno, que el absurdo, pero muy arraigado, del derecho divino de los reyes; y que dudando, además, del feliz éxito de la causa proclamada en Dolores, se avenían fácilmente al humillante pero acomodaticio gobierno establecido con el derecho de ultraje desde hacía trescientos años.

Reprobada, pues, por España y por los más influyentes americanos de la Colonia esta guerra tremenda y gloriosa en nuestras etapas nacionales; desconocida ó indiferente para las naciones neutrales que podían haberle hecho justicia en su veredicta historia, apareció desfigurada, cuando no monstruosa, por los historiadores conservadores, enemigos de su propio país. Por tal motivo, las hazañas de tan honrosa lucha, los más indiscutibles beneficios

de tan noble causa, así como las relevantes virtudes de nuestros improvisados héroes, fueron borrados y maliciosamente confundidos con los errores que no faltan jamás en tan portentosas luchas. Pero la justicia que brilla intensa en documentos fehacientes, le ha devuelto á nuestra libertadora guerra, toda la grandeza de magnificencia que le corresponde, y nuestra patria, libertada y digna, puede sentirse orgullosa de sus hijos.

Se ha supuesto siempre como un gran móvil que despertara en el pueblo mexicano el sentimiento de integridad nacional, el ejemplo de las colonias inglesas en Norte América, que al desligarse de la Metrópoli, formaron un pueblo libre y soberano cuyo progreso iba notablemente en aumento desde que se regían por leyes formadas á su deseo, y de acuerdo con su libertad

También á las ideas democráticas, propagadas con rapidez por el mundo civilizado, ideas verdaderamente progresistas, conseguidas por el adelanto intelectual del pueblo francés, se atribuye el anhelo de nuestro pueblo para proclamar y sostener con tesón la idea de su libertad. Pero creíble es que ni unos ni otros acontecimientos hayan operado cambio alguno en el sentimiento nacional.

La falta de comunicaciones con pueblos extraños á España, era absoluta en la Colonia. Las ideas propagadas por la prensa, entonces eran bastante reducidas para poder franquear la absoluta vigilancia que se tenía en la Nueva España, y dejar conocer los adelantos del mundo democrático. Pero si por esa expansión natural del progreso humano, tales ideas pudieron penetrar á nuestro país, á pesar de la exagerada intolerancia que para ello había, sólo pudieron dichas ideas estar al alcance de un corto número de intelectuales, contándose entre ellos quizá, como único de quien fueron verdaderamente conocidas, al Sr. Hidalgo. Para el pueblo no pudo ser impulso lo ignorado; para el pueblo no existió tal móvil. Dado el atraso en que vivían las masas populares, y dadas las restricciones que tenían los adictos á ellas para infundir las ideas de adelanto y emancipación, éstas no pudieron grabarse por su estudio, ni aceptarse por sus ventajas en el ánimo de las multitudes. Nó; la idea de libertad, el sentimiento de altivez, el espíritu de Independencia, existía y existe natural en el pueblo mexicano; así lo demuestran los hechos de la gloriosa guerra de Independencia; así lo demuestran los hechos posteriores de nuestra República heroicamente sostenida por el mismo pueblo, digno siempre de ayuda, digno siempre de honores. La división que con tanto esmero formó y procuró mantener el Gobierno Español entre criollos, mestizos é indios, quedó sin esfuerzo ninguno nulificada desde la proclamación

de la Independencia en 1810. El sentimiento de emancipación los unió como hermanos, los fundió en un solo pueblo que supo sacrificarse por dar á su patria libertad, que supo morir por dar á su patria el digno título de nación.

Este espíritu altivo, este modo de ser poco conforme con la servidumbre y vasallaje, es esencialmente propio, es nativo en los autóctonos pueblos americanos, y naturalmente transmitido como herencia de la tierra á las nuevas generaciones en ella alimentadas. Este pensamiento queda plenamente demostrado con las continuas sublevaciones que durante los tres siglos de dominación española, hubo entre los distintos pueblos de indios del vasto territorio. Los del Norte, entre ellos los yaquis, los pueblos de Nuevo México y los de Monterrey, así como los del Nayarit y otros varios del centro, así como también los de Tehuantepec y Yucatán, y otras sublevaciones más, en distintos puntos del país, nos demuestran que no se avenían al yugo impuesto y que, sólo por no contar con los conocimientos y ligas que proporciona la civilización, no pudieron formar un núcleo poderoso, llevando á cabo la reconquista de sus dominios. Sólo los indios más unidos á las grandes poblaciones, y por tanto, sujetos á la tiranía, estaban al parecer más sumisos, prestando más tarde, sin embargo, para el triunfo de la libertad, su contingente de osadía, constancia y valor. Entre otros varios grupos que se distinguieron como bravos en la lucha, no hay que olvidar á los heroicos, á los verdaderamente indómitos indios con quienes peleaban, los defensores inmortales de Mexcala, quienes, prefirieron los horrores del hambre, de las enfermedades, de la terrible peste, del incendio y la desolación á que fueron reducidos los pueblos todos del Chapala, antes que entregarse al enemigo, antes que rendirse á la servidumbre vil.

La sublevación fraguada desde los primeros años de la conquista por el Marqués del Valle, quien contaba sin duda con entendidos y resueltos cooperadores, prueban, que no sólo entre los indios, sino también en otras clases sociales, se deseaba desde muchos años nuestra Independencia del Gobierno Español.

Dos siglos después se fraguó la mejor dispuesta por entonces, la conspiración ideada por Guillén Lombardo, la que contando con la ayuda de criollos, mestizos, indios y negros, nos prueba claramente que este sentimiento era general entre los varios pobladores de la patria.

Por último, el Virrey Duque de Linares, en sus instrucciones que dejó á su sucesor, después de asegurarle que la sociedad de México en el siglo XVIII había llegado al mayor grado de corrupción,

después de nivelar sus vicios, en verdadera perdición desde el más humilde indio hasta el magnate más encumbrado, juzga como el mayor defecto, como la más general y dominante falta, la irrespetuosidad del pueblo todo á su augusto Soberano. El deseo que cada cual manifiesta de verse libre de toda injustificada sujeción, á todo compromiso que no sea de un bien general, le parece absurdo; lamentando el sentimiento de igualdad que forma la índole de los mexicanos.

Fuera de los vicios que el Duque supone muy arraigados en el alma de la sociedad mexicana, y por naturaleza en todos los habitantes de Nueva España, puesto que admite que las provincias no son sino fiel reflejo de la Capital; fuera de estos vicios que atacan primeramente á sus compatriotas españoles, pues que se refiere duramente á la pésima administración en todos los ramos que constituyen la vida de la Colonia; fuera de estos vicios, que parecen, según sus referencias, inculcados y sostenidos por el Gobierno mismo á los gobernados, el espíritu de Independencia que, con justicia adivina en todos los americanos, honra á nuestro pueblo y explica nuestro anhelo de libertad. Sí, el espíritu de igualdad que es el aliento de los mexicanos, queda demostrado plenamente con la clase de gobierno único que ha prevalecido, la democrática; no admitiendo la imperial á la de cualquiera augusto soberano ni llamándose Iturbide, ni Santa Anna entre mexicanos, ni extranjeros como Maximiliano.

## II.

SÓLO POR EL DERECHO DE CONQUISTA GOBERNÓ EN MÉXICO ESPAÑA.

Las cadenas de la esclavitud denigran y envilecen al pueblo aquél que á ellas se doblega sin defensa; pero enaltecen, dignifican, al que exánime en la lucha las soporta para destrozarlas luego en el primer instante de la vida que le alienta.

El primitivo pueblo mexicano, nuestros antepasados, pues que su sangre corre también por nuestras venas; nuestros compatriotas, puesto que en la misma tierra saludado hemos la vida; aquel pueblo animoso, fuerte y varonil en cuanto á su físico; arrogante, sensible, moral, en cuanto á sus íntimas opiniones; activo, laborioso, inteligente; avanzado en sus instituciones; con una civilización propia en activo desarrollo; un pueblo, en fin, perfectamente apto para



la vida social y de progreso; con un patriotismo tal, que en la defensa de su territorio elevó su historia á la epopeya más sublime, vencido fué después de muy heroica lucha, por el conquistador, á quien la civilización europea daba más astucia y mortíferos medios de exterminio, y sujeto, verdaderamente oprimido, quedó desde principios del siglo XVI al Gobierno Español.

España gobernaba, pues, en nuestro país, desde dicha época, hasta principios del siglo pasado, por el derecho de conquista, por el usurpante derecho que tiene por razón el de la fuerza. Vilmente despojaron á los nativos dueños, de sus vastas propiedades, matando sus instituciones, sus costumbres, su religión; y dividiendo y profanando sus hogares, los esclavizaron luego, entorpeciendo después, por cuantos medios alcanzó posibles, sus facultades intelectuales, dilatando de manera indefinida la inteligencia en el reclamo de sus legítimos derechos.

Aunque los filósofos del siglo XVIII consideraron como un robo de los monarcas europeos esta manera arbitraria de extender sus dominios en tierras habitadas; aunque el derecho moderno la condena como injusta; y aunque la razón y la humanidad reprueban hoy, y como reprobaban entonces, esta clase de conquistas, ellas estarían quizá bien justificadas por el avance y desarrollo progresivo de la civilización, si se hubiesen llevado á cabo como la misma civilización ya reclamaba, conforme á las leyes humanitarias que el tiempo ya exigía.

Si los intereses de los vencedores se hubiesen arreglado de tal manera, que con ventaja, con suma ventaja para los conquistadores, ellos no hubiesen dejado al vencido en la indigencia; de manera tal que, aunque súbditos de un monarca extraño, subordinados á desconocidas leyes, á distinta religión, á muy diversas costumbres, á un cambio, en fin, enteramente completo en su manera de ser, hubiesen palpado aquellos pobres indios, no obstante estos trastornos radicales, las ventajas de una provechosa subordinación. De tal manera, que aunque condenados por su situación de vencidos á no pasar de la categoría de criados, hubiesen percibido cuando menos un mezquino salario, á que da derecho todo esfuerzo personal; de tal manera, en fin, que aunque la sangre derramada por persecuciones y martirios sin cuento; que las lágrimas vertidas por infinitos sufrimientos con que el tirano amargaba tan funesta servidumbre, hubiese sido, aunque alto, pero al fin, el precio de su civilización.

Pero desgraciadamente en la conquista de los diversos pueblos del Anáhuac, por aventureros españoles, éstos desconocieron por

completo sus deberes, no ya del que es civilizado, sino aun aquellos que dicta la piedad cristiana, ajustando sus actos de victoria todos á la más sórdida avaricia, á la más desordenada ambición. El mismo Hernán Cortés, desoyendo las órdenes de los monarcas, y atendiendo en mucho el interés de España, y en una muy gran parte su propio interés, dispuso, ordenó y disimuló, también de tal manera, que el más espantoso desorden y la crueldad más increíble para los indígenas, fueron los principios con que se inauguró en nuestra tierra el dilatado Gobierno colonial.

Por más de medio siglo fué teatro, esta nuestra amada patria, que sus invasores llamaron Nueva España, de los más abominables crímenes, de los abusos más aborrecibles que ordenaba la codicia y sancionaba el poder. La tierra se inundó entonces con la sangre de sus hijos ya indefensos; los palpitantes miembros del indígena que horrorizado hufa hácia las montañas, de alimento servía á los perros feroces, perfectamente adiestrados por el conquistador para tan inicua persecución. Las horcas, las hogueras, los suplicios más crueles inventados por la más inconcebible perversión, acabaron con los reyes y caciques de mayor prestigio, y que inspiraban, con razón, más desconfianza, y con ellos los pueblos todos se entregaron á la más completa sumisión. Hasta aquí, cupiera quizá una rebuscada disculpa para tanta crueldad como desplegó el conquistador, pues sabido es, que para usurpar se necesita de la fuerza; pero después, sometido el enemigo, consumada la conquista, se necesitaba sólo energía en el gobierno, pero con inteligencia, con ilustración, con humanidad. ¡Humanidad! Esta no llegó al fin á establecerse en los tres siglos de dominio, pues para los que con mansedumbre se resignaron á la obediencia, fueron los castigos más viles y humillantes; para ellos los más rudos trabajos de las minas, del campo, del transporte, y con cargas más pesadas que las de las propias bestias; y en recompensa á tan improbos trabajos, el hambre, la miseria, el mal trato, el desprecio, la denigración y la ignorancia.

Faltaba todavía que aquellas penas físicas y morales, impuestas por la anarquía en los primeros años de la dominación, quedasen aprobadas bajo el dominio de la ley, viniendo entonces el fierro real candente á estampar su ignominiosa huella en el carrillo de hombres, mujeres y pequeños niños. Las odiosas encomiendas y los repartimientos destrozaron los hogares, y con ellos lo más santo, lo más caro de la vida, los afectos. La masa del pueblo, entonces aturdida por lo desconocido, agobiada en sus esfuerzos, sin esperanza de defensa, sin fe en sus dioses que habían también des-

aparecido; horrorizada, exánime, en fin, ante tan desoladora invasión, se dobló á su negra suerte, y sumisa ahogó todas sus aspiraciones, sus energías, sus ensueños. Por su semblante, con tan marcadas muestras de melancolía; por su espíritu caído en el más hondo abatimiento; por su fuerza convertida en el más atroz abandono; por el agotamiento en general, convertido en herencia de esta raza, se comprueba que en sus presentimientos y en la muy clara certidumbre de los hechos, no esperaba de aquella civilización nada bueno que la levantase; que aquel cambio regido, según se decía, por el más excelso de los dioses, por el Dios de la cristianidad, no produciría en ellos sino muy prolongadas penas y su más completa destrucción.

Millares de ellos murieron, efectivamente, por el exceso de trabajo y por las enfermedades importadas por los europeos; pero los más resistentes persistieron en la vida para enriquecer, con los afanes de ella, á sus señores.

Cuando algunos frailes de noble corazón, como el venerable Las Casas, de imperecedera y muy grata memoria, levantaron su voz suplicante y compasiva en demanda de caridad y de misericordia para los infelices indios, los monarcas españoles, verdaderamente indignados por las atrocidades de sus súbditos en las tierras conquistadas, se propusieron remediar tal situación. Pero la esclavitud, con que se había establecido el Gobierno de la Colonia, estaba tan sólidamente sostenida, no sólo por los colonos, sino por multitud de personas muy influyentes en la lejana Corte, que inútiles fueron para suprimirla las buenas intenciones de los soberanos. Fortunas colosales se formaron con las cuantiosas ganancias que produjo la esclavitud establecida en México, por cuyo motivo la quisieron aparecer como legal.

El mismo cuerpo sacerdotal, los apóstoles de la conmiseración, de la clemencia, de la piedad cristiana; los que predicaban la igualdad de los hombres como base de su sacrosanto dogma; los que tienen por misión la defensa de los oprimidos, no tuvieron inconveniente en apoyar con toda resolución la esclavitud, fundándose en la más inconcebible de las abominaciones, en decir que los indios no tenían conciencia, que eran seres degradados, que no merecían ser tratados como el resto de los hombres.

Este apoyo moral con que el Clero sostenía la esclavitud, fué causa que sin duda acabó con la energía de los reyes para vencer tantos obstáculos como por todas partes se presentaron para su abolición. Se reglamentó solamente y se abolieron sí, pero las benefactoras leyes. Estas y los reglamentos jamás fueron observa-

dos por los gobernantes, quedando por tal razón en la historia como símbolo sólo de muy buenos deseos en defensa de la humanidad.

Se establecieron escuelas, es cierto, para educación y enseñanza de los indios y no dieron resultado; pero no por falta de capacidad intelectual, de la que han dado sorprendentes pruebas cuando las leyes de su patria libre los han favorecido, sino porque los frailes, con la noble idea de protegerlos, los acogieron á su amparo y enseñanza, y ésta es deprimente, sugestiva, avasalladora, de tal manera, que al inculcarse en el alma de los indios por el temor, acabó en ellos con toda idea de elevación digna, con todo anhelo, con toda aspiración. Por otra parte, el que sufre, el que tiene hambre y frío, el que aborrece la vida porque comprende que su odiosa situación será la propia herencia de sus hijos; el esclavo, en fin, tan despóticamente tratado como lo fueron nuestros indios por los extranjeros, es imposible que piense en ilustrarse.

La esclavitud legal duró por más de un siglo, y la disfrazada con el nombre de encomiendas, se prolongó por más de doscientos años; nada menos que la vida de varias generaciones; y las leyes que reemplazaron esta esclavitud dejaban á los indígenas en una especie de tutoreado que, humillando la raza, la mantenía también aislada de la sociedad, de la protección de las leyes, y sin esperanzas de realizar las más humildes aspiraciones á que tiene derecho el hombre.

Su situación de esclavos se prolongó, pues, todo el tiempo de la dominación. La conquista, hiriendo de muerte el alma de la raza, acabó con su vida de goce, con su vida de progreso, con su vida intelectual.

A pesar del terrible exterminio que el mal trato y las enfermedades operaron en los naturales, muchos millones de ellos quedaron todavía repartidos en estos vastos dominios. Y aunque siempre en disminución, existían, sin embargo, en 1810, en una extensión de cerca de 200,000 leguas cuadradas, que poco más ó menos tenía entonces la Nueva España, 3.600,000 indios de raza pura, número mucho mayor que el resto de habitantes mestizos, criollos y europeos que poblaban estos dominios al estallar la guerra de insurrección.

Mera raza exánime no había por qué temerla, que aunque los crímenes cometidos en ella desde la época de la conquista formaban su dolorosa tradición, el lazo que los unía, el alma, en fin, de la raza, este sentimiento existía latente, y no se manifestaría mientras no hubiese un cambio en el medio pacífico en que vivía. El senti-

miento de odio á sus opresores, que alguna vez llegaría á manifestarse como energías de su espíritu, no pudo tener transformación ninguna en beneficio del Gobierno, por el aislamiento en que éste mantuvo á los indios por tantos siglos, manteniendo así la raza pura, como puro y fuerte se mantuvo en ellos el hereditario aborrecimiento á sus opresores.

«No hay nada más estable que el fondo hereditario de una raza,» dice Gustavo le Bon. Así vemos que después de trescientos años de dominio, no esperaban los indígenas sino las circunstancias favorables para dar á este odio la expansión contraria al largo período de sujeción. Entonces inconcientemente, pero siguiendo el destino de la evolución de los seres, como dice el mencionado autor, despertaría el sentimiento de la raza enfurecida, clamando venganza para sus antepasados. Entre tanto, numerosa, pero sumisa, ignorante é indiferente á todo, pasaba, digamos, desapercibida, sin esperarse ni bien ni mal de ella.

Los mestizos aumentaban el número de súbditos de la Colonia en número de 1.500,000. Aunque llevaban sangre española por sus venas, como la llevaban también de raza indígena, su categoría social, así como su suerte en el trabajo, diferenciaba poco, muy poco de la suerte y categoría del indio puro.

Los criollos hijos de españoles, pero nacidos en América, por lo que ellos se cambiaron el nombre en el de americanos, formaban poco más ó menos 1.000,000 de habitantes. Como más levantados, como más inteligentes, á la vez que algo más instruídos que los individuos antes mencionados, eran más temidos y de ellos se esperaba alguna vez la rebelión.

### III.

#### ESCLAVIZADO EL PUEBLO MEXICANO IDEÓ SU LIBERTAD.

Este levantamiento tantas veces revelado, pero indispensable ahora, no se habría verificado, cuando menos en aquella época, si los hijos de la raza dominadora, esos mismos criollos nacidos solamente en tierra extraña á la de sus progenitores, hubiesen gozado de las mismas garantías, de los mismos privilegios, y de la misma ayuda, de la misma estimación, á que llegaban los que no tenían más mérito que haber nacido en la Metrópoli española.

Pero muy por el contrario, el Gobierno se esforzaba por hacer notable su dominio y protección al europeo, por rudo é ignorante que viniese negando á los legítimos dueños de la tierra toda franquicia, toda libertad, aun aquella más indispensable para que los pueblos adquirieran su natural desarrollo, ese, que aun con libertad favorece únicamente el tiempo. No podían alcanzar ni el menor participio en el Gobierno á que tenían derecho, siendo ellos también los gobernados, ni conocimiento del estado económico de la Colonia para el arreglo y adelanto de sus intereses en esa lucha eterna por la vida, ni consideraciones, en fin, que les indicase su categoría de hijos de la nación. En cambio, mucha vigilancia, muchas trabas y restricciones en toda clase de trabajos por ellos emprendidos, y sobre todo, se trató siempre de contener, cuanto fué posible, el avance intelectual de los americanos, dificultándoles, cuando no prohibiéndoles, todos los estudios superiores, toda elevada profesión. Perfectamente comprendía el Gobierno que el hombre ilustrado jamás podía servir de esclavo: y que el que no conoce sus derechos nunca podría hacer de ellos su justo y legítimo reclamo.

Sólo al Rey Carlos III cabe el justo nombre de protector de la enseñanza en Nueva-España. A él se debe, en efecto, el establecimiento de los útiles colegios en México, y otras capitales de provincia.

Y sin embargo de que este Monarca, por sus ideas liberales para su rango y educación y herencia de sus intransigentes antecesores, protegió de una manera resuelta el saber y adelanto de todos los ramos de progreso en su país, este inmenso bien fué sólo débil reflejo para las colonias, á donde llegaban siempre pobres, lentas y desfiguradas las mejores disposiciones gubernativas de aquella lejana y poco interesada corte, en bien de los americanos. De esta manera las cosas, encontraron siempre los habitantes de Nueva-España las trabas y dificultades de distinta especie, con que los temores y orgullo español, contuvieron siempre el progreso intelectual en todos sus dominios de ultramar.

La ignorancia predominaba, pues, desde la Metrópoli española hasta la última de sus ciudades; y desde la Metrópoli de Nueva-España hasta la más humilde de sus provincias; pero esta ignorancia producía naturalmente mayores males entre los criollos mexicanos, que no disfrutaban de ninguna de las libertades con que fueron distinguidos siempre los más ignorantes y rudos europeos.

Pero el carácter mexicano, naturalmente inclinado á saber, trató de aprovecharse de aquella débil ayuda del Monarca, y venciendo las trabas que encontraba siempre en su progreso, la juven-

tud de los colegios despertando á la inteligencia de las cosas, miró clara y sin embozo su situación de esclavos, pobres y humillados en su misma tierra, que á pesar de ser extensa, hermosa y rica, yacía despoblada, abandonada y pobre, por el régimen despótico del Gobierno Español.

Este conocimiento de las cosas fué divulgándose pronto entre todos, y manifestándose de tal manera entre los despreciados del gobierno, que pronto este sentimiento los unió como á hermanos, transformándose más tarde en el más puro patriotismo y carácter de partido.

Pronto quedó justificado este alto concepto en que los criollos tenían su dignidad ofendida, con la exposición que hicieron á Carlos III pidiéndole el ejercicio de los cargos públicos, como lo consideraban de justicia. Esta petición, como todas las que alguna vez se habían hecho, y como todas las promesas que de igualdad hacía el gobierno, eran á los criollos prometidas, no tuvo resultado ni aun esta vez, en que se trataba de un magnánimo rey.

El profundo disgusto que causó la negativa á tan legítimos derechos, aumentó, en cambio, el deseo de libertad. La Independencia evitaría la explotación insostenible, terrible, que en beneficio sólo de España se hacía de los inmensos recursos del país. Con el sobrante de su dinero no podía ni subvenir á sus más estrictas necesidades la Colonia, mucho menos bastaba para el fomento de los ramos que ilustran, mejoran y engrandecen una nación.

Faltaba en nuestro país, como dice el autor ya citado, Gustavo le Bon, la aristocracia intelectual, que es la que lleva á cabo el cambio de civilización. En nuestro país, cambiando las condiciones aquellas por un gobierno libre, cambiaría también la civilización.

Dado el carácter independiente y digno de los hijos del suelo mexicano, éstos, con ilustración, no habrían sufrido tres siglos la pesada dominación española. El atraso en todos sentidos de nuestro pueblo venía de las anticuadas instituciones sostenidas con despotismo por los reyes, é impuestas con tiranía y humillación á nuestros hermanos. Así lo aseguró, en efecto, el distinguido y liberal Diputado Argüelles, cuando en las Cortes reunidas en España en 1810, elogió el decreto de libertad de imprenta resuelto por la Constitución. En su encomio á derecho tan legítimo del hombre, reprobó con vehementes frases el atraso absoluto en que la tiranía había mantenido á todos los pueblos del dominio de España; y el Diputado que así se expresó era verdadero español europeo!

Vedado á los criollos todo elevado puesto, y vedados, por tanto, los más amplos conocimientos, sus aspiraciones debían limitarse

á la exigua ilustración que exigía el desempeño de los más humildes curatos. Pero á la savia de la vida, á las grandes aspiraciones, á la noble elevación de ideas, les bastó este conocimiento para darse cuenta de su esclavitud, y pretender su libertad, como lo exigía su deber.

En efecto, á los humildes curas de aldea, á la noble juventud del campo, propietarios y labradores ricos, que lejos de la abyección de la Corte, aquellos que libres de toda adulación y de rastro de conveniencias, mantenían sanas sus ideas de honor, á ellos tocó la inmensa gloria de formar el partido de la libertad.

Esta parte de la juventud, en efecto, alentada por las más entusiastas ilusiones de emancipación, pero perpleja ante la temeridad de sus propósitos, fué alentada en sus más remotas esperanzas por la voz y ejemplo del señor Hidalgo, hombre de recto juicio, de vasta ilustración, inteligente, de resolución y de energía, y cuyo gran patriotismo superaba á todas sus más altas cualidades. Animada así aquella débil juventud por el entusiasmo y sensato pensamiento de este gran hombre, fuéronse comunicando tan atrevidos pensamientos hasta ponerlos con indecibles esfuerzos en vías de realización.

Era preciso un cambio de gobierno, y por el intransigente dominio del que existía forzoso era derrocarlo por una revolución. La necesidad de este cambio era la idea dominante en la mayoría de los americanos honorables, de los fieles patriotas. Justa y muy noble idea de Independencia nacional; justo y legítimo derecho de todos los hijos del Anáhuac; pensamiento, levantamiento que, si los nativos indios no podían forjar por su falta de conocimientos, sí podían cooperar con sus hermanos los mestizos, á la fuerza material que necesitaba la gran idea de los criollos; de proclamar y sostener con las armas un plan de libertad; morir si preciso era, por derrocar aquel gobierno que, como todos los conquistadores, se establecen en el suelo conquistado sin más amor por él que el interés de lo que pueda producirles; sin más simpatía por sus habitantes que la del lucro que de ellos se proponen conseguir; por un gobierno que, como el español en nuestra patria, se rigió por el egoísmo, tan absoluto como absoluta fué la tiranía que para los americanos tuvo siempre en sus instituciones; por aquel gobierno que jamás quiso ver en sus súbditos americanos más que humildes esclavos, por más que éstos se manifestaron siempre altivos, siempre levantados, siempre dignos.

Lejos, pues, de participar con ellos de un gobierno, al que por su inteligencia y dignidad merecían, y con lo que quizá habrían retar-



dado en reclamar su independencia, jamás quisieron pensar en el peligro de una reclamación enérgica del irritado pueblo, ni oír las observaciones que en este sentido le hizo el Conde de Aranda al Rey Carlos III en su memoria secreta.

Pero dominados en el Gobierno por el orgullo de Señores, y perplejos ante lo que debían hacer, fué pasando el tiempo sin tomar ninguna medida favorable para contener el mal, que formidable se iniciaba.

Tarde, ya muy tarde, y por el temor solamente de un próximo levantamiento, la Regencia decretó, en 1809, que la Nueva-España, siendo parte integrante de la Nación española, debía tener sus representantes en el Congreso de la Península. Esto fué sólo para cubrir las apariencias; así fué comprendida por los partidarios de la Independencia, que no le dieron otra importancia que un nuevo engaño de igualdad ante la ley; promesa que, como todas las que habían obtenido, sería vana. Por esta acertada convicción, los partidarios de una patria libre no dejaron de activar sus trabajos para independerla; pues este decreto se expidió en 1809, y desde un año antes, ya el señor Hidalgo estaba en comunicación secreta con los adeptos á su gran proyecto de libertad.

Pronto la disposición para la elección de diputados sacó de duda á los que habían creído en la igualdad de derechos entre criollos y españoles. La gran concesión que España hacía á México era irritante, indigna, resultaba en vez de igualdad, la humillación más clara, la más indiscutible diferencia entre gobernante y gobernados, ó lo que es lo mismo, entre señor y vasallo, ó entre español y mexicano, que era igual.

¡Dos diputados por cada virreinato, cuando España los tenía por cada provincia; éstos por elección, aquéllos nombrados al fin por la autoridad suprema! ¡Qué mayor injusticia, qué mayor sarcasmo! ¡Qué mejor prueba del derecho que asistía á los hijos de México para levantarse en contra de su tirano!

La persistencia en los errores que se advierten y se observan, es causa de infinitos males; el orgullo que dominaba á los españoles, dueños absolutos hacía tres siglos del mando de la Colonia, los cegaba, ajustando su conducta á los dominadores por la fuerza, como en los primeros tiempos de conquista, sin preocuparse de remediar el mal que amenazaba á todos con medios justos, pacíficos, humanos y civilizados, como lo exigían el carácter y adelanto de los modernos gobernantes.

Sabidas eran en la Península las probabilidades de un levantamiento, y observador muy de cerca de estos trabajos, sorprendie-

ron á Iturrigaray, que había aceptado un pronunciamiento inspirado por algunos partidarios de la emancipación y por la ambición de mando y de riquezas que dominaban á dicho Virrey. Sorprendido y castigado este intento, ya no quedaba duda del sentimiento casi general en los criollos, poniéndose alerta el Gobierno con todos sus elementos de muerte, de intransigencia, de crueldad con que se propusieron dominar la situación.

Con diplomacia se habría minorado el daño; con prudencia, quizá se habría encontrado un pacífico arreglo, ahorrando tantas lágrimas, tantas vidas que extraña el trabajo, y que la patria llora.

El Gobierno Español se inauguró en nuestra patria con abusos inconcebibles, con crueldad sin nombre, y con egoísta tiranía; su adiós á nuestra patria, su último recuerdo, sería asimismo de abusos inconcebibles, de infinitas crueldades y de hechos que, consignados á la historia, remonta á la nación dominadora á los remotos tiempos de mayor barbarie.

Las primeras víctimas que arrasó este diluvio de sangre, en que el Gobierno se propuso ahogar la reclamación de los más legítimos derechos de los americanos, fueron Azcárate, Cristo y el Lic. Verdad, quien con varonil franqueza habló de la soberanía del pueblo en la junta celebrada por Iturrigaray para arreglo de las dificultades que causaba al Gobierno la prisión de los Reyes de España subyugados por Napoleón.

Las palabras soberanía del pueblo, en labios del Lic. Verdad, y los manifiestos de Talamantes declarando de distintos modos los derechos del hombre, los conceptuó el Gobierno como suficiente causa para que el primero fuese matado secretamente en su prisión, en esta Capital, y para que el segundo agonizase largo tiempo en medio de los sufrimientos más terribles, en las inicuas prisiones de S. Juan de Ulúa.

A tan terribles castigos del Gobierno, temblaron los espíritus débiles, avivándose, quizá por temor, el amor al Rey, el fanatismo verdadero de obediencia al Monarca y sus instituciones; los mexicanos, que en el ejército y en algunos insignificantes empleos públicos eran sus fieles y humildes servidores, no vacilaron, en vista de tal situación, en conservar sus puestos insignificantes, pero seguros, antes que sacrificarse, como era preciso hacerlo, por el honor nacional. Este era, ya hemos dicho, el pensamiento de la clase acomodada que rodeaba la corte; así como el de la gran mayoría de los aristócratas de las provincias; éstas también, las fatales ideas de aquellos que, por adictos á los gobernantes, eran los más opuestos á toda idea de libertad.

Pero esta elevada y legítima aspiración que alentó siempre á la mayoría de los pobladores, era ya la necesidad impuesta por el mismo Gobierno dominante; eran las ideas de libertad creadas por el tiempo y prontas á manifestarse por la fuerza de las circunstancias; era, en fin, el natural sentimiento de independerse de una tierra extraña y usurpadora de estos dominios, y no una censurable rebelión ante la madre patria, como calificaron nuestra Independencia los enemigos de la libertad. Profundo error es creer que España fué una madre para México. Sin ofensa ni oprobio para la nación española, pero sí atendiendo á la verdad histórica, España no fué madre de México, ni física, ni moralmente comprendida. Madre natural no podía ser, puesto que más de la mitad de los habitantes de la Colonia eran indios de raza pura, y un número también muy considerable de mestizos, que, por su naturaleza y condiciones de existencia, eran más americanos que españoles. Y en cuanto á lo moral, tampoco mereció tan noble título, pues el sentimiento de cariño intenso, de ternura infinita, de abnegación é indecibles delicadezas, son los que forman tan augusto, tan venerado nombre; y hasta ahora no presenta la historia ejemplo alguno de nación conquistadora, cuando menos, que siendo protectora de la raza conquistada, haya merecido el sacrosanto título de madre!

Dadas, pues, las condiciones históricas en que se encontraba la patria en 1810, y comprendidas éstas por los buenos liberales, por los que anhelando el bien de todos no se arredaban ante los obstáculos; para aquellos que no encontraban digno el ser esclavos cuando tenían honor, fuerza, valor; para aquellos honrados mexicanos que, por la historia del dominio en el largo período de 300 años, habían acumulado en el alma sentimientos de ferviente patriotismo; en ellos, pues, que serían los iniciadores, se levantó poderosa y amenazante la idea de emancipación, fructificando al fin en aquellas vigorosas inteligencias capaces de toda radical y benéfica reforma.

En cuanto al pueblo bajo, á las masas que formaban las clases olvidadas; en cuanto á las multitudes que por su humilde condición, su falta de riqueza y de saber, parecían no figurar en los acontecimientos, prontas estaban á levantarse á la primera voz, ofreciendo lo único que tenían: su número, su fuerza física, indispensable en estas luchas. Ellos derramarían su sangre interponiendo su vida entre el despotismo poderoso por sus elementos de exterminio, y el denuesto de sus hermanos, poderoso por su anhelo de libertad.

## IV.

## RADICALES OBSTÁCULOS PARA LOGRAR LA INDEPENDENCIA.

Pero la empresa era ardua, en extremo difícil, dadas las arraigadas ideas de obediencia al Rey y respeto á la santa Iglesia, poderes ambos enemigos de todo razonamiento, de toda claridad en las ideas que penetrar pudieran el velo de la fe. La guerra tendría que ser sangrienta, prolongada, tenaz, á muerte, por los móviles antes dichos de ambos combatientes.

El poder gubernativo, aquél contra quien sería la lucha, poseía los más firmes elementos materiales, como era la riqueza y el ejército; y en cuanto á su influencia moral, su poder era inmenso, único. Las ideas infundidas en el ánimo de los habitantes tenía las profundas raíces que da una existencia de tres siglos de constante cultivo, en tierra abandonada por la ignorancia, resultando la firme creencia de que el poder absoluto era el deseo de Dios para la paz y el progreso de su pueblo. La Iglesia, que dominaba única y firme sobre las conciencias, había hecho pacto con el poder temporal, de tal manera, que á no ser por la inevitable evolución de las ideas operadas por la fuerza de los tiempos, se hubiese entonces creído que su dogma sería eterno; y ambos poderes unidos eran invencibles á toda lucha, á todo esfuerzo humano.

Así las creencias, podemos considerar á toda la nación armada, ya con su anhelo de adhesión al Rey, ya con su criterio, ya con su espada, ya con sus prédicas y excomuniones en contra de los que se atreviesen á profanar aquella manera digna, pero pacífica de vivir. Sobre todo, el arma más poderosa con que contaba el despotismo virreynal, era la absoluta ignorancia que el pueblo tenía de sus derechos.

Los ricos, los que con sólo este hecho se consideraban más inmediatos á los honores y elevados puestos, si no del gobierno, sí cuando menos de favoritos de los gobernantes, vivían felices á la sombra de un poder absoluto que elevaba á los que no tenían más gracias para ella que la simpatía ó conveniencia del que manda. Estos eran, pues, contrarios á toda reforma que introdujese la libertad, y con ella, la igualdad ante el mérito y la ley.

El comercio, por la terrible prohibición que le impedía extenderse y aumentar sus operaciones de cambio á diversas naciones extranjeras, expansión que le habría producido, sin duda, muchos conocimientos, y con ellos ganancias provechosas, estaba condenado como toda industria, como todo ramo lucrativo, á favorecer á España, aunque fuese en detrimento de un particular interés. Atendiendo á tal esclavitud, hubiesen deseado los comerciantes un cambio de gobierno que les garantizase libertad; pero como el comercio, se puede decir, lo formaban españoles en su totalidad, por orgullo nacional y por patriotismo, proporcionarfa el comerciante también todos sus recursos, toda su fuerza personal y de crédito en defensa de los dominios que, más extensos y de más importancia, habían enriquecido á tantos españoles, y que seguían siendo el más rico sostén pecuniario de la corona española.

La masa casi absoluta de los soldados del Rey, en Nueva España, eran mexicanos; y el soldado mexicano es siempre sufrido y fuerte en la fatiga, siempre constante y osado en el combate, valiente hasta el heroísmo, resuelto hasta la temeridad, y con un sentimiento tan arraigado de su deber de soldado, que jamás ha desmentido en tantos y tan diversos combates en que ha tomado participio. Pero tan completamente ignorante, sobre todo en la época colonial, de sus deberes patrios, aquellas hermosas cualidades las emplearía pronto en combatir á sus hermanos, en derramar la sangre de aquellos insurrectos que proclamaban la dignidad nacional. Aquel soldado, pues, cumpliría la orden de su jefe, haría cumplir la misión del regimiento, porque esta era, en fin, su consigna, este era su deber. Por la costumbre de la subordinación y con el aturdimiento del ignorante, produjo los males más terribles á la patria; los males tremendos, sí, como tremendos casi siempre son los males que ocasiona la inconsciencia de los actos.

En cuanto á los jefes, éstos sí eran más entendidos, algo más ilustrados, con criterio propio, y que los ponía en perfecto conocimiento del estado de la patria, sin que tuviesen duda de la esclavitud, puesto que aun atendiendo á su único personal interés, sabían que por sólo el hecho de ser mexicanos, ocupaban solamente los grados inferiores, sin poder llegar nunca á alcanzar el grado más alto en la jerarquía militar.

Y sin embargo de tan claro convencimiento, fueron, degraciadamente, muchos jóvenes militares mexicanos los mayores enemigos de los insurgentes; los que más sangre de éstos derramarían por odio, por venganza, por crueldad. Ellos fueron los mejores émulos, los más alentados imitadores de los tiranos y sanguina-

rios militares españoles Calleja, el Conde de la Cadena y D. José de la Cruz, jefes que se distinguieron más por su crueldad que por su talento nulo ó casi nulo, así como por sus inmerecidas glorias, juzgados, como están ya, por verídicos é imparciales historiadores. Ellos, nuestros jóvenes mexicanos que combatían al lado de estos jefes, eran los que perseguían con ahínco, con verdadera zafía, á los levantados y dignos defensores de la libertad.

Las ideas de dignidad y honor ante un Gobierno extraño que los humillaba, fueron confundidas por nuestros mexicanos realistas, por lamentable error, por las ideas de obediencia y respeto á un soberano y á sus representantes, que jamás dieron muestra de fraternidad é interés para los hijos de esta tierra.

Y sobre tan firmes elementos, irreconciliables con toda idea de emancipación y de grandeza, existía el Clero, esa poderosa institución que con sus cuantiosas riquezas había tantas veces trastornado el mundo, sosteniendo sangrientas y prolongadas luchas, más que en defensa de sus principios, en defensa de su estabilidad. Poderosa institución, porque con la sólida alianza con el poder temporal, intervenía siempre en los asuntos públicos en conveniencia de sus intereses. Poderosísima, sí, sobre todo, por lo radical y profundamente cimentado de sus dogmas, que en la antigüedad de los siglos y con la adhesión del sentimiento, convirtiéndose había la institución, también en nuestro país, en perpetua é invulnerable.

Su invencible dominio de conciencias, desde el más altivo de los monarcas hasta la del más infeliz de sus vasallos, desde la del niño hasta la de la mujer, lo convertían en el móvil más poderoso y quizá en el único que dominase el mundo. Como densa atmósfera, envolvía y pesaba la influencia del Clero sobre todo movimiento material, sobre toda idea, sobre todo sentimiento; pero de tal manera deprimente é imperiosa, que puede decirse que en aquella época sobre todo, fuera del sentimiento religioso, dirigido y vigilado por el Clero, no existía otra creencia que animase las almas con el fervor que está en la masa total de la nación.

Así, todo designio que estuviese fuera de la Iglesia no podía contar con vida propia, ni siquiera duración.

Apoderado completamente del espíritu del indio este avasallador poder, había en la patria cimentado una gran parte de su prestigio, pues aunque la influencia social del indio era nula, el Clero nada consideraba despreciable, y esta razón podría serle útil alguna vez, cuando menos por la fuerza que le daba el número, el mayor de la Colonia.

La mujer, despreciada en los tiempos de barbarie como débil é inepta para vencer, como pusilánime y timorata para atacar, ha sido siempre mirada con desdén por tales defectos físicos, como por considerarse como un ser inferior, según el pensamiento y estudio de los sabios. Mirada, pues, por tantos siglos la mujer, incapaz de ilustrarse, era mirada también por el padre de familia como inútil su enseñanza en beneficio del hogar; considerada asimismo por los gobiernos como un ser inútil, jamás creyó su enseñanza como necesaria para el adelanto y progreso de los pueblos. Débil, tonta é inferior en todos conceptos al ser humano, pasaba indiferente, cuando no despreciada, por su especial naturaleza. Pero el Clero, perfectamente conocedor del corazón humano, comprendió que apoderándose del alma de la mujer, que dominando en su conciencia, que aprovechando su sentimiento tendría ganado su eterno dominio en la naciente sociedad americana, como ganádolo había, por medio de la ternura y corazón impresionable de la mujer, en todas partes del mundo.

La mujer en nuestro país jamás ha tomado participio en los asuntos públicos, pudiendo, por tanto, haber sido indiferente al Clero como agena á sus miras de interés y de poder. Pero ella es la que engendra, la que cría, la que educa, la que inculca, la que arraiga, y la que, en fin, ciega al saber, conserva con el fervor de su sentimental naturaleza el más antiguo y el más ferviente culto de la fe.

México á principios del siglo pasado no contaba en sus clases sociales sino con mujeres de esta educación. El Clero, que por su conveniencia, y el Gobierno por su energía y abandono, y digamos con franqueza, por el egoísmo natural y exagerado orgullo masculino, no sólo hacían pasar como desapercibida la ignorancia de la mujer, sino que se procuraba siempre mantenerla con particular pertinencia.

Mujeres de tal educación tenían que escandalizarse con el movimiento liberal de 1810, y este lamento, aunque débil, pero unánime y sentimental, tendría que afectar los varoniles corazones y producir con esta influencia funesto efecto en los grandes desig-

nios inspirados y valerosamente puestos en práctica por los nobles hijos de la patria.

El tiempo y solamente el tiempo, ha ejercido su benéfica influencia en el cerebro de la mujer, manifestándose, según parece, que no resulta del todo inferior al del hombre. Cerebro muy capaz de retener, muy capaz de conseguir con acierto y sensatez, de tal manera, que bien enseñada, es la mujer, por sus naturales cualidades de ternura, abnegación y fogoso sentimiento, la que alienta los grandes hechos, desde el recinto de su hogar, hasta el más encumbrado puesto de los soberanos.

Pero como el poder clerical es de esos poderes que se combaten sólo por la libertad del pensamiento, sólo con el convencimiento que opera en el alma, la razón, ésta sólo puede obrar en el sentimiento con la fuerza de la ilustración, ayudada con la potencia de los siglos. Sin la Independencia nacional México conservaría aún el atraso de cien años, respecto al dominio clerical; pero en los días aquellos de revolución, tuvo este poder que desplegar contra los insurrectos toda la crueldad de su ignorancia en la fuerza total de su dominio. El sentimiento religioso, el fanatismo exagerado, dominaba, pues, en nuestra patria sobre todos los seres, sin ponderación, y este sentimiento que todo lo subyuga, no podía ser combatido con la espada; nuestra idea de Independencia, emanada de toda idea de razón, de progreso, de libertad, sería combatida por la Iglesia. Como no había libertad de cultos, la generalidad de los habitantes se armaron por convicción ó por temor, en defensores acérrimos de la opresión católica y civil.

En cuanto al Gobierno, jamás en otro alguno se había visto más zaña, más crueldad, más tiranía para castigar en un pueblo el crimen tremendo de anhelar su libertad.

En tales condiciones de ignorancia, fanatismo y tiranía absoluta en todos los poderes, difícil, excesivamente difícil, era para los de ideas claras y conciencias dignas hacerse de adeptos para tramar una conspiración. El Gobierno, que sospechaba el disgusto general y el valor y resolución de unos cuantos, redoblaba la vigilancia y exageraba su dominio; la Iglesia, maldecía anticipadamente en el confesonario y el púlpito toda idea, todo movimiento que alterase las costumbres de obediencia y entera sumisión. El pueblo, extraño y atemorizado, obedecía sin conciencia y esperaba sólo un cambio para manifestar su opinión.

Las conspiraciones descubiertas antes de 1810 fueron una prueba evidente del estado de ánimo de las personas de influencia; pero las delaciones frecuentes infundieron acérrimo temor para que



éstas manifestasen en lo sucesivo sus francas y leales convicciones.

Grande, muy grande tenía que ser el alma del patriota que se atreviese á sondear el pensamiento de sus compatriotas en aquel profundo mar de abyección y servilismo, cuyas oscuras ondas hundirían hasta el abismo al que pensase siquiera perturbar su trágica serenidad. Un verdadero genio de abnegación y patriotismo para sacrificarse, sin duda, en aras del bien nacional; un hombre valeroso y audaz para retar un poder tan invencible; un hombre observador y de talento para que, conociendo la situación de la patria, no vacilase en despertar á su pueblo del profundo sueño de servidumbre, á la insegura aurora de la felicidad.

Y este gran genio, ese insigne hombre que sondeó el pensamiento y sin temor señaló el camino de la gloria, de la dignidad y del honor, ese gran hombre que se aprestó bondadoso á guiar á su pueblo, siendo el primero en despreciar los hórridos obstáculos, fué el humilde, pero nunca bien ponderado Cura de Dolores, D. Miguel Hidalgo y Costilla, nacido en la clase media de nuestra sociedad, de donde han nacido los más ilustres mexicanos.

## V.

### EL INSIGNE HIDALGO SE SOBREPONE Á ELLOS.

Humilde fué, en efecto, el inteligente Cura de Dolores; humilde, porque su carácter noble y franco no le permitía aspirar á los grandes puestos que en su época, más que en otra alguna, se conseguían sólo con bajeza, con adulación y con doblez. Humilde también, porque su alma poética, unida á un genio enérgico y activo, le atraía hácia la soledad del campo, donde se reflexiona, se observa, se medita y se trabaja; y la meditación es origen de enseñanza y de las grandes concepciones, y el trabajo material el más cómodo descanso del entendimiento, que él había dedicado desde hacía muchos años al bien de su país.

Nació con una inteligencia clara, bastante poderosa, abarcando, pues, en poco tiempo, la enseñanza que entonces se impartía en los colegios, y anhelante de saber, traspasó los límites de tan raquíuticos programas, siendo luego la admiración de muchos y el temor

del Clero, que veía, en la luz de aquel cerebro, una amenaza constante á la obscuridad de aquellos ruines pensamientos, que obraban por conveniencia ó creían sin tomarse la pena de pensar. Sus ideas leales, avanzadas, razonables y liberales, que intencionalmente dilucidaba en sus conversaciones con personas á quienes consideraba de saber, le atrajeron las miradas severas y amenazadoras del Clero y la mala voluntad de los retrógrados, que eran entonces el noventa y nueve por ciento de la sociedad. Pero adquirió, en cambio, para su célebre memoria, el título de pensador profundo, de filósofo y de sabio, con que, en justicia, lo califica la posteridad.

Su afán de ilustrar la conciencia de sus conciudadanos con sanas verdades, fué notoria, cual si anhelase por medio de la ilustración despertar la dignidad abatida por la influencia clerical; despertar el patriotismo adormecido por la tiranía; despertar el amor á la Independencia, agobiado por el absolutismo más irracional. En sus conversaciones manifestaba con leal franqueza los absurdos de las creencias religiosas y la tiranía de los reyes, elogiando, sin ponderación, la libertad bajo todas las formas, bajo todos sus conceptos, bajo todos sus indiscutibles beneficios. Sus ideas habían avanzado muchos años al progreso, y lamentaba con toda la fuerza de su patriotismo la penosa situación de su país.

Su simpatía profunda por los oprimidos hizo que una de sus tareas más grandes y nunca debilitada, fuese la de animar el espíritu de los pobres indios y humildes trabajadores en su feligresía, haciéndolos concebir por medio del trabajo y conocimientos varios, que con gusto les inculcaba, la conciencia de su propio valer; ideas que enaltecen, ideas de emancipación que honran, que animan, que dignifican, que ennoblecen y colocan al hombre en su verdadero puesto de ser racional, de útil miembro de la sociedad y de hijo progresista del Estado.

Su vida, como puede verse en sus mejores biógrafos, fué una labor constante, activa y enérgica, consagrada á la honra de la patria, y al bienestar de sus conciudadanos; ya con sus doctrinas de progreso, ayudando á los cerebros á discernir con la razón; ya con el trabajo, á los que otro adelanto no podían; ya, por último, ofreciendo satisfecho la tranquilidad de su vejez por la Independencia de su patria, por la libertad y bien de sus hermanos.

Un hombre como él, de talento y experiencia, estudioso y observador; un hombre como él, de gran interés por los asuntos políticos de su nación; él que estudió con aplauso y provecho las revoluciones y emancipaciones de otros pueblos, cuyas libertades deseaba

para el suyo; un hombre que como él, buscaba en todo el fondo y origen de los hechos, comprendió sin duda que en su patria no había pueblo en el verdadero sentido de la palabra; no había multitudes que acatando sus deberes supiesen asimismo exigir con justicia sus derechos; que por tanto, no había quien le ayudase debidamente, al pronto y feliz éxito en sus proyectos bien meditados de emancipación; pero sin embargo, llevaría á cabo tan grandiosa idea, como el indispensable remedio, como el único, quizá, para formar lo que faltaba únicamente en la patria, un pueblo entendido, soberano y libre. Tres siglos de dominio no habían bastado para formar del indio y del mestizo hombres conocedores de su gobierno y aspirantes á sus derechos públicos, y no hubieran bastado otros tantos siglos todavía, para formarlos, bajo el sistema absolutista del Gobierno Español. Nó, este Gobierno, además de las anticuadas y retrógradas instituciones que para sí tenía, conservaba en la reclusión civil más completa á los hijos de esta tierra, con cuyo sistema, ni ellos mismos conocían su capacidad mental en asuntos propios, menos aún en aquellos de interés general.

Pero Hidalgo comprendió que salvar en todo tiempo y circunstancias al vencido, que levantar al oprimido, que dignificar al esclavo, es siempre generoso, satisfactorio, conveniente y digno; sabía que los hombres, como los pueblos que obran con sujeción á ciertas órdenes, jamás pueden conocer sus aptitudes ni avanzar en sus nativas facultades. Que lo esencial, lo indispensable para el verdadero progreso del pueblo mexicano, era acabar con el Gobierno extraño que tantos y tantos obstáculos oponía siempre para el desarrollo de la joven sociedad; bien porque dicho Gobierno estuviese realmente poco avanzado en la civilización que habían alcanzado otras naciones, bien por el temor de ayudar con libertad en el orden social de trabajo á la absoluta libertad gubernativa á que con gran justicia aspiraban los más ilustres individuos de la sociedad, ello es, que el atraso existía y que la Independencia nacional se hacía del todo necesaria.

No fué, pues, prematuro el movimiento revolucionario ideado por Hidalgo para perturbar un pueblo que gozaba é iba con la paz avanzando al noble fin á que debe aspirar toda organización física ó civil. No era ambición de mando la que inspiraba al Sr. Hidalgo á proclamar la libertad, porque sabía, y así lo pronosticaba, que ni él ni ninguno de los que proclamasen entonces la Independencia, verían el fruto de su sacrificio. El Sr. Hidalgo conocía la situación del país y su vaticinio fué desgraciadamente realizado

Anhelaba para su patria la libertad: ya la benéfica influencia

de ésta, sería el móvil poderoso para formar un pueblo y para el progreso de éste. Así lo decía en sus particulares conversaciones: por ideas semejantes fué acusado ante el Tribunal de la Inquisición; así lo manifestó á sus correligionarios en sus secretas juntas, y así lo publicó en varios documentos y proclamas que expidió en distintos puntos del país á donde pasaba á la cabeza de sus tropas. Independencia fué su gran plan; esa su acción meritoria; en ella estriba nuestro inmenso bien, por eso la práctica de esa noble idea le dará siempre á Hidalgo su principal grandeza.

Su plan de Independencia, según Fr. Gregorio de la Concepción, fué bien concebido y perfectamente meditado, discutido y aprobado por los miembros de las juntas secretas celebradas para el objeto. De manera que, sin ser un militar, ni un legislador, ni un político, obraba siempre con el juicio y la cordura que le daban su talento, su edad y su saber.

Independer la patria del dominio español; evitar para ello en cuanto fuese posible la efusión de sangre; ajustar sus actos todos de Independencia á la mayor justicia; consumir la libertad en bien de todo mexicano, y en bien, sin ultraje para los españoles mismos; establecer después un Gobierno al agrado de la nación, era la esencia de su plan, según los documentos que sobre ello existen y lógicamente comprobados por los actos de su vida toda; actos ensalzados siempre por la moralidad, la justicia, la compasión y la equidad.

El mérito de Hidalgo ha sido poco comprendido, y disimulado aun por sus mismos compatriotas; se le ha buscado con afán en sus defectos, de los que alguno tuvo como hijo de la naturaleza humana; se le ha estudiado y buscado en él los conocimientos de militar, de legislador, de diplomático, como político, en fin, consumado, para vituperarlo, encontrándolo sin duda deficiente, como era natural, si á ninguna de estas especialidades se dedicó jamás en su vida. Su talento, su saber y conocimiento del mundo lo ameritaban en todos estos ramos del saber, sin que por esto brillara en ellos según las exigencias de sus injustos y malévolos enemigos. Brilló sí, y ésta será la eterna y clara luz que nos muestra su memoria, como colegial inteligente y notable en sus alcances intelectuales, como hombre honrado, como miembro útil y virtuoso de la sociedad; y en cuanto á sus virtudes cívicas, como insigne valiente, como esclarecido liberal y patriota, como héroe, en fin, que sin más elementos que su arrojo y sentimiento supo retar al enemigo para conquistarnos libertad. Hidalgo, en justicia, es de los pocos héroes que merecen la gratitud eterna é inmarcesible gloria.

Jorge Washignton, levantado por los potentes brazos de su pueblo hasta el ámplio y firme terreno del combate, pudo blandir con energía su espada; sostenido por potencias europeas, pudo triunfar y elevarse más y más hasta entrever los horizontes de la fama.

Simón Bolívar, en las fervientes aspiraciones de la juventud, pudo ascender paso á paso, conduciendo á su pueblo, hasta colocarse en la cúspide de la grandeza.

Pero Miguel Hidalgo y Costilla, sin más potencia que la de su propio esfuerzo, sin más aspiración que la de ver su patria libre, sin más perspectiva que la muerte, que blandía sobre sus canas la doble daga del tirano y del obscurantismo clerical, firme, valeroso, heroico y decidido destruyó las cadenas de su pueblo, llevándolo al combate, donde le enseñó á luchar como los héroes y sufrir como los mártires, antes que humillarse nuevamente á los tiranos. Miguel Hidalgo y Costilla, sin más potencia extraña que la constancia y denuedo de su pueblo, que alcanzó por su ejemplo libertad, fué sacado por la gratitud de éste del olvido de una tumba que le abrió el cadalso, para elevarlo á la eminencia más esclarecida de la inmortalidad.

La denuncia hecha al Gobierno, de los preparativos que había para un levantamiento de insubordinación, así como la de los principales miembros de ella, adeptos conquistados en Valladolid y Querétaro, principalmente por el Sr. Hidalgo, bien por persuasión personal, bien por medio de los insignes patriotas Allende y Aldama, bien por medio de los comisionados que por distintos puntos mandaba propagando la idea de libertad, fué el suceso más terrible para la causa, fué el verdadero trastorno que acabó con el orden, con los elementos, con la disciplina y plan que debía regir á los conjurados. Los malos mexicanos, que ante la incertidumbre del triunfo temblaban con la seguridad de la muerte; la culpable cobardía de los denunciantes, que mal disimulaban con el temor del derramamiento de sangre y desobediencia al Rey el egoísmo fatal de almas mezquinas, que, por no turbar su tranquilidad, pasando por las mayores vilezas y humillaciones, fué la negra causa que, acabando con la fuerza material, con la que escasamente contaban los conspiradores, prolongó por tantos años la terrible lucha. De haber sido fieles á la promesa jurada todos aquellos que habían convenido en la conspiración, con los pocos elementos que todavía contaban, pero en movimiento unánime, habrían desconcertado al Gobierno, que de este modo les habría dado tiempo de organizarse mejor después del grito de Independencia. Muchos de los patriotas que no tuvieron, sin embargo, la suficiente abnegación para se-

guir á los insurgentes, habrían sido entonces sus adeptos. Un movimiento general, por débil que hubiese sido, habría también dividido las fuerzas del Gobierno, y el patriotismo que hemos visto en las masas, y el valor y el talento que manifestaron los principales jefes, aseguran que, en estas circunstancias, unos cuantos combates hubiesen decidido de la buena suerte de la patria.

A la traición, á la infame y negra traición, se debió el que la patria no pudiese levantarse fuerte y noble reclamando sus justos derechos al Gobierno Español; pero de tal manera que, abatiendo solamente su orgullo, hubiese respetado sus vidas, sus riquezas, sus dignidades. A la traición, pues, á la pérfida traición que es á la que se deben casi siempre las más inícuas desgracias, se debió en nuestra patria, en esa época sobre todo, el terrible derramamiento de sangre, los millares de vidas extinguidas en los campos de batalla, en las prisiones, en los cadalsos, y en el exterminio, la pobreza y la desolación que consigo trae la guerra en toda época y país.

La conspiración descubierta primero en Valladolid, fué causa de que el Gobierno redoblase la vigilancia y que estuviese alerta y prevenido, redoblando así su poder. Muchos espíritus pusilánimes, partidarios de la idea de libertad, desecharon desde entonces todo pensamiento y acción que tendiese á favorecer á tan noble causa. Las prisiones y martirios que sufrieron los primeros mártires de nuestra Independencia por las dichas denuncias, llenaron de espanto á una gran mayoría, que no veía en el levantamiento más perspectiva que la muerte en el cadalso.

Todos estos acontecimientos no minoraban en nada la dignidad y valor de los principales caudillos, que continuaron, no obstante las inmensas dificultades, en llevar á término la justa y meritoria empresa. Sin embargo, la segunda denuncia de la conspiración, hecha en Querétaro, puso en inminente peligro la vida de tan nobles insurrectos, que, con su muerte, sin duda se habría paralizado, si no para siempre, sí por muchos años, la idea eminente de nuestra redención. Pero el espíritu elevado y digno de una mujer, que, respetando las fanáticas doctrinas de su tiempo, supo también albergar en su corazón y rendir culto ferviente, más que á otro sentimiento, á un profundo patriotismo; á la actividad y energía que caracterizan á la mujer en un propósito con anticipación determinado; á la eficacia que rige casi siempre, que domina, mejor dicho, á la mujer para realizar sus ensueños y cumplir sus sentimentales aspiraciones; á la abnegación tan profunda en ella para llevar á cabo su noble fin sin pensar jamás para sí en fatales consecuencias; al

conjunto, por último, de hermosas cualidades que forman el carácter de nuestras compatriotas mexicanas personificadas en la egregia Sra. Da. Josefa Ortiz de Domínguez, debió la patria, en esta vez, el anticipado pero al fin oportuno y salvador grito de libertad.

El digno y valeroso Hidalgo al instante de recibir la noticia del descubrimiento de la conspiración, olvidó su persona y no pensó más que en el peligro de la patria; á ella sin vacilaciones se entregó: lucharía por salvarla ó moriría, al menos, conforme con haber iniciado los medios para que el pueblo en justa lid reclamase sus derechos. Con su grito de protesta á los ultrajes de un despótico Gobierno moriría; pero despertaría también su pueblo á la verdad de los hechos y podrían todos con justicia reclamar su dignidad de libres ciudadanos. Un instante de vacilación en aquellos críticos momentos hubiera sido un siglo más de esclavitud para el pueblo mexicano: el heroico Cura no lo tuvo, y con sólo siete personas, sin ninguna clase de elementos en lo absoluto, ni esperanza de obtenerlos, y sin más fuerza que ocho hombres, proclamó ante el mundo entero su desunión al Gobierno extranjero, rompiendo con su espada desde ese instante, en nombre de su pueblo, las cadenas con que á la patria había sugetado el Gobierno Español.

Frente á frente quedaban, desde la gloriosa fecha del 16 de septiembre de 1810, los partidos beligerantes. Uno, el que acababa de levantarse con el poder de la justicia y con el alto sentimiento de la dignidad, carecía de todo elemento para la lucha; pero se aprestaba á ella para dar vida con su vida á un pueblo desfallecido por la pobreza, humillado en su dignidad, en la más completa inacción civil por el abandono y desamparo en que lo tenían las leyes y miras del tirano.

El otro poder, provocado al combate, carecía de razón; pero contaba, en cambio, con toda la fuerza, con todo el poder, con todas las garantías, por último, de un triunfo pronto y seguro. Se aprestó á la lucha con todos sus elementos para matar las esperanzas de un pueblo que despertaba reclamando sus derechos, por lo que se le miraba con odio, sin querer jamás oírlo en sus razones.

Uno y otro partido, como dos luchadores frente á frente, medían y comparaban sus respectivas fuerzas: el partido realista, la tenía; el insurgente, tendría que proporcionársela difícilmente en las mismas agitaciones del combate. La lucha era, pues, desigual, y todas las probabilidades del triunfo pertenecían al Gobierno Español.

A este partido, que contaba, pues, con verdadera potencia para dominar, que contaba con bien sentada reputación para hacerse obedecer y respetar; á este partido, el representante del orden, de la

disciplina, de la moralidad y la justicia, tocaba, pues, la reflexión, la sensatez en todos sus actos, la calma para apreciar con razón el movimiento revolucionario, y la generosidad para todas sus disposiciones respecto á los vencidos. Esta magnanimidad, que existe casi siempre del más fuerte hacia el más débil, faltó desgraciadamente en esta lucha á los representantes del poder.

El partido insurgente, apremiado por la necesidad y fuerza de las circunstancias, se vería quizá obligado á serias determinaciones y á energías contrarias á su voluntad.

Y sin embargo, los insurgentes durante el largo período de once años de lucha, demostraron con toda claridad en sus actos todos de su vida pública que se relacionan con dichos acontecimientos, su magnanimidad, su heroica, digna é inmaculada reputación.

Quince personas solamente salieron del memorable curato de Dolores después de su promesa de defender, hasta morir, la libertad de la Patria. Los presos que se encontraban en el pueblo eran detenidos por causas insignificantes, por cuyo motivo, el pensamiento muy natural de los patriotas fué dirigirse á la prisión y darles libertad, con cuyo acto se atraieron partidarios que los seguirían gustosos en tan digno fin.

Hacerse de recursos era también indispensable; y como quienes los tenían eran españoles, preciso fué tomarlos de ellos y llevarlos como prisioneros; no porque se considerasen como enemigos á los particulares españoles, sino, como varias veces repitió en sus proclamas el Sr. Hidalgo, él y sus compañeros consideraban á los españoles no como enemigos, sino como un obstáculo para la realización de sus proyectos. Sus actos claramente lo comprueban también, pues los prisioneros que sacó de Dolores, los de S. Miguel, los de Celaya y otros puntos, fueron tratados con toda consideración de los jefes y respetados por sus tropas. Después de su glorioso triunfo en Guanajuato; después de poner remedio á los desórdenes del pueblo y lamentar las desgracias indispensables en esta clase de luchas, permitió á varios españoles que se fueran á sus casas, á otros los alojó cómodamente, libertó también al español Baranda, diciendo á su esposa que así quisiera haber podido libertar á todos del furor del pueblo, y ayudó eficazmente á la viuda del Sr. Riaño, con quien había tenido franca y sincera amistad. Y jamás en ninguno de los actos de su vida pública debe considerarse al Sr. Hidalgo como enemigo particular de los españoles, sino como enemigo de partido solamente.

Ochenta hombres, después de dar libertad á los presos de Dolores, era la fuerza única con que contaba el partido libertador



unas dos horas después del grandioso pronunciamiento. Ochenta hombres mal armados y sin idea de disciplina militar era fuerza harto insignificante, por su número, para hacer frente á las bien equipadas que el Gobierno prontamente mandaba en su persecución. Ochenta hombres solamente; pero que capitaneados por los memorables jefes Hidalgo, Allende, Aldama, D. Mariano Hidalgo, hermano del heroico Cura, D. José Santos Villa, el Padre de Balleza y el Sargento Martínez, formarían fuerza temible por su valor, respetable por su intenso patriotismo, y poderosa por el profundo sentimiento con que abrazaba y defendía la causa que daría á México la grandeza nacional.

El Sr. Riaño, español, Intendente de Guanajuato, persona inteligente, valerosa y de honor, calificó como importante el movimiento revolucionario aunque contase con insignificantes elementos, cuando supo que el Sr. Hidalgo, á quien conocía perfectamente, era el Jefe de la insurrección.

La casualidad hizo que aquel glorioso 16 de septiembre de .... 1810 fuese domingo, día en que los feligreses, al toque de la campana acudían á su parroquia á levantar en alas de su sencillo pensamiento sus preces á Dios; á ofrecerle su descanso en el fervor de su sentimiento, y pedirle con ciega esperanza la recompensa de sus afanes y la felicidad para sus hijos en lo porvenir. En esta vez acudieron con la misma religiosa costumbre, encontrándose con que su mismo venerable Sacerdote que les había inculcado el amor de Dios con la fe inmaculada de un sentimiento puro, les inculcaba el amor á la patria con el mismo respetable sentimiento y con la vehemencia del patriota que anhela libertarla y engrandecerla; el mismo inteligente maestro que les había enseñado á pensar y discernir con la dignidad del hombre, era el mismo que les enseña á discernir y pensar ahora con la dignidad del ciudadano; que el mismo piadoso y caritativo padre que les había ayudado á vencer tantas dificultades de la vida, les ayudaba é impelía esta vez á que saliesen de la condición de esclavos; que su mismo querido Cura Hidalgo, convertido ahora en un Caudillo, les mostraba, con su espada y con su ejemplo de valor, que les guiaría por la senda gloriosa de la dignidad nacional.

Las sentimentales oraciones de aquellos feligreses sencillos se convirtieron en entusiasmos fervorosos, en vítores á la patria, en himnos á la libertad y á los valientes soldados. Sus instrumentos de labranza, aquellos mismos con que hendían la tierra que escasamente les daba el mísero pan de la servidumbre, se convertirían ahora en el hierro que, derramando la sangre del tirano, ablanda-

ría la que produciría más tarde para sus hijos el abundante y sabroso pan de la dignidad.

Todos en masa aquellos feligreses llenos de entusiasmo y sin vacilación se unieron á los insurrectos, engrosando así la fuerza á un número ya considerable. Estas patrióticas escenas se vieron siempre y por todas partes por donde pasaba el Sr. Hidalgo con sus tropas independientes. No era, pues, respeto y amor al Cura de la feligresía, sino entusiasmo por la causa y amor al Caudillo de la libertad. Sus arengas, que eran sencillas pero conmovedoramente patrióticas, tenían eco poderoso en el carácter instintivamente liberal, valeroso y altivo que domina en el pueblo mexicano. De igual manera que en los alrededores de su curato, fué proclamado y seguido el inmortal Caudillo aun en los pueblos donde no había sido nunca conocido. Jamás le faltó gente de pelea que á millares le siguieran con leal y sincero alboroto, y esforzados siempre, supiesen luchar como héroes en el campo de batalla.

Labradores, barreteros, artesanos, sirvientes, clase media y del pueblo, formaron siempre la mayoría de las tropas insurgentes. El pensamiento del Sr. Hidalgo estaba cumplido: el pueblo en masa acudía á su patriótico llamado; despertaba al fin del sueño de ignominia, para morir tal vez, pero legando á su patria, á sus hermanos y á sus hijos, la Independencia y la Libertad.

Así se formaron en lo general las tropas insurgentes: masas del pueblo sin más armas que piedras, lazos, palos, puñales y lanzas; sin más ordenanza que el amor á su Jefe; sin más interés que su patria, y sin más disciplina que su voluntad: inconscientes las masas, sin duda, de la grandiosidad en sus actos, pero seguras sí del peligro inminente de sus vidas, peleaban con valor, porque sabían que sus jefes, sus hermanos, establecerían un gobierno propio, á cuyo amparo caminarían después á la conciencia plena de sus derechos.

Diffíciles seguían siendo siempre las circunstancias para el honorable Jefe de los insurgentes: él todo justicia y pundonor; él que hubiese deseado un cambio de gobierno, radical, sin duda, tanto en la forma como en la nacionalidad, pero conforme en todos sus movimientos con la equidad y la justicia, se veía sostenido por multitudes que de improviso se habían convertido en sus soldados. No tenía, sin duda, el Sr. Hidalgo los conocimientos psicólogos de los modernos sabios; pero por talento é intuición científica, y por la experiencia de su vida, dedicada siempre á la observación, sabía que las multitudes sólo tienen poder para destruir, y que sus compañeros de armas en el mando eran pocos para que le ayudasen, cuando fuese preciso, á disciplinar.

Pero era forzoso luchar con estas masas, porque la fuerza material única ellas la formaban por su número. Cuando el Sr. Hidalgo, en su laudable idea de independernos de España, y en su acción, que será eternamente meritoria, propagó secretamente su proyecto por medio de sus emisarios, dándole la mayor extensión posible, obró con todo juicio y cordura, pues un movimiento general es claro que hubiese sido de excelentes resultados, no sólo para los dominados, sino también para los dominadores. Un pueblo que se encuentra en las condiciones en que estaba el nuestro en la época referida, no se aviene ya á la esclavitud. Pero las ideas de justicia y racional pureza que pretenden propagarse por medio de la luz, encuentran á su paso los densos nubarrones de la muerte, única defensa que para ellas tienen los tiranos; necesitan ocultarse en las sombras del secreto, cuya acción es penosa, difícil y esencialmente dilatada.

Destruídos los planes todos de Independencia por medio de la traición, el Sr. Hidalgo se encontró como se hubiese encontrado el más experto militar, sin elementos de defensa y obligado á hacerse de los que voluntariamente se le presentaban como auxilio. Las proclamas á la Nación, sus intimaciones á las autoridades locales, expedidas en su aproximación á cada ciudad con toda claridad, juicio y sensatez que revelan los documentos sobre ellos existentes; su llamado á la defensa de la patria á los militares mexicanos, con todo el razonado patriotismo, entereza y dignidad que en todos sus escritos lo caracterizan, prueban su anhelo de salvar á la patria por medio de la justicia, por medio del orden y equidad, según el ideal de un corazón honrado y noble, como era sin disputa el suyo.

## VI.

### DEMOCRACIA Y LIBERALISMO DE LOS PRINCIPALES CAUDILLOS.

Su primer cuidado del inmortal Caudillo, después de ordenar medianamente la multitud que se reunió en Dolores, fué dirigirse á San Miguel el Grande é incorporar á su gente la única tropa de línea que, con el nombre de Regimiento de la Reina, mandaba el Capitán D. Ignacio Allende, y que, desde ese momento, dicha tropa tuvo la gloria de trocar su divisa de opresores, en la muy honrosa

de defensores de la libertad. Siguió luego su camino en dirección á Celaya, aumentando siempre su número de combatientes; pues por las razones ya expuestas y por ser consecuente en la idea de libertad que proclamaba, no quiso desechar á ninguno que quisiese prestar su ayuda.

No se escapaba á su juicio lo difícil de su situación con defensores semejantes; pero para organizar estas masas tan valerosas y abnegadas, pero tan ajenas á todo orden y sugestión militar, era preciso tiempo, eran precisos recursos y otros varios elementos de que en lo absoluto se carecía. Sorprendidos los insurgentes y anticipado su movimiento, todo sería ahora desconcertado, nuevo en sus planes, extraño á sus ideas y aceptado todo orden de cosas según el apremio de las circunstancias.

El enemigo poderoso y soberbio, atrozmente enfurecido y ansioso de verter la sangre de los insubordinados, avanzaba sobre ellos con la consigna de hacerles la guerra sin cuartel y exterminarlos, sin dejar siquiera huella de su aparición: así lo confirman las proclamas diversas expedidas por el Gobierno. Era, pues, necesario, era preciso en lo absoluto obrar con rapidez en los ataques: de la unión de aquellas multitudes y de las sorpresas á las tropas reales dependía seguramente el triunfo. Este pensamiento, puesto en práctica por el inteligente Jefe, era la única táctica posible en aquellas apremiantes circunstancias. El curso de los acontecimientos demuestra que además de ser forzoso, no fué de tan malos resultados el empleo de las multitudes, como pretenden algunos escritores para culpar á Hidalgo de todos los desastres que fueron debidos á otra serie de inevitables circunstancias y no sólo á la indisciplina de las valerosas masas.

Precisa conocer al Sr. Hidalgo en las disposiciones todas que desplegó en su corta carrera revolucionaria, para deducir después el mérito ó desmérito de las multitudes que como fuerza lo acompañaron.

Todo movimiento popular necesita una bandera, y el Sr. Hidalgo tomó en Atotonilco, para que de ello sirviese á sus tropas, la imagen de una Guadalupana, impuesta por los mismos españoles al cariño del pueblo mexicano como su celestial protectora. A primera vista parece que el sentimiento piadoso, tratándose de un sacerdote como lo era el Padre de la patria, sería el móvil para aceptar dicha bandera, tratando de dar á la revolución un carácter meramente religioso; pero esta medida fué puramente política y acertadamente ideada.

El inteligente Héroe de la Independencia Nacional, á pesar de su

ministerio, era librepensador, como evidentemente lo prueban las distintas acusaciones que de él hicieron ante el Tribunal de la Inquisición. El hombre que como él meditaba y procuraba encontrar á fondo la verdad de las cosas; el que como él había encontrado en la religión tanta falsedad y errores, que en sus conversaciones francamente censuraba, no hubiese sin duda, dado el triunfo político que perseguía, impuesto al pueblo mexicano un gobierno que retrógrado como el que él combatía, que dominado por el Clero, ejerciera presión de ideas, ni coartase en ningún sentido la libertad del hombre.

Tampoco es de creerse, si la suerte le hubiera concedido ver su patria libre, que tratase de imponer un Imperio, ni mucho menos el de Fernando VII, como parecían justificarlo las aclamaciones con que á este Monarca victoreaban, y el retrato que del mismo conducían, al principio de la guerra, las multitudes insurgentes.

No era él, dada su acertada manera de pensar, el que creyera, como más tarde creyó Iturbide, ó quiso hacer creer, que un Monarca orgulloso aceptase el gobierno del país que se desligaba del Reino de España. Ni tampoco el que entreveía felicidad á su pueblo con un rey semejante, absoluto, á quien sus mismos compatriotas combatían.

Por otra parte, había estudiado con entusiasmo la revolución francesa, y aplaudía y elogiaba con entusiasmo al pueblo que, guillotinando al Monarca, había acabado con el absolutismo impuesto á los pueblos por la tradición y por la absurda idea de grandeza y superioridad de los reyes sobre la nación; y cuántas veces se le oyó decir que los reyes eran unos tiranos. Esta es otra de las acusaciones ya mencionadas, ante la Inquisición. Y el que combatía contra un monarca, en fin, elevado al trono por derecho tradicional, revelaba no tener una idea absoluta de la infalibilidad de estos magnates.

Por último, está visto que en varios manifiestos expresaba con toda claridad que, una vez consumada la Independencia, se convocaría al pueblo todo de la Nación, y de conformidad plena declararían cómo era el gobierno que les conviniera ó desearan tener. luego, entonces, pensaba en la soberanía del pueblo.

Nada autoriza á suponer que el Sr. Hidalgo se hubiese levantado con el poder una vez derrocado el Gobierno Español, y fundado una teocracia como malévolamente supone el escritor Alamán. Sus ideas altamente liberales lo libertan de tan insensata opinión: el que rompe las cadenas de la esclavitud de una nación, exponiendo para ello su bienestar y su vida; el que arenga al pueblo exponién-

dole su condición para arrancarlo del oprobio en que lo tenía el dominio español; el que inspira y enseña á defender su honor nacional, no es sin duda el que abriga en su sentimiento el despótico egoísmo, sino muy por el contrario, generosidad y liberalismo, puesto que la naturaleza de las acciones es fiel reveladora de la naturaleza de los sentimientos.

A los atronadores gritos de «Viva la Virgen de Guadalupe,» «Viva Fernando VII» y «Mueran los gachupines,» se aproximaron á los campos de Celaya, en cuyo lugar las tropas insurgentes y oficialidad con unánime entusiasmo autorizaron los actos del Caudillo D. Miguel Hidalgo, nombrándolo Generalísimo de las tropas insurgentes, y á su segundo, el valeroso patriota D. Ignacio Allende, Capitán General.

Queda dicho que el Sr. Hidalgo, por una idea brillante, aceptó la Virgen de Guadalupe como bandera de su tropa. Ignorantes de su elevada misión aquellas masas necesitaban algo que más vivamente les hiriese el sentimiento, y en aquel estandarte materializaron su patriótica idea.

Las costumbres, buenas ó malas, se arraigan en el individuo de tal manera, que llegan á formar, esto es bien sabido ya por la experiencia, parte de la naturaleza misma. Consideradas éstas en un pueblo ignorante, que acepta lo que ha visto sin comprender que es lo mejor ó peor de lo que existe, las costumbres forman en dicho pueblo su más ferviente credo y su doctrina única, invencible: así es como se explica la obediencia ó temor que toda una nación tiene por un rey, aun cuando éste sea su mayor tirano.

Jamás una revolución en Nueva-España había puesto á prueba el respeto y vasallaje, ó indiferencia ó desprecio del pueblo mexicano á su dominador el Rey de España, por cuyo motivo muy preciso era suponer que la costumbre impuesta al pueblo desde hacía tres siglos, de obedecer á un soberano, debía ser omnipotente. Muy explicables son, por tanto, los víctores que á Fernando VII aceptaba ó proponía el Sr. Hidalgo, evitando las extrañas dificultades que se presentaron en un levantamiento como aquél. Pero la aparición del retrato de este Rey entre las primeras masas insurgentes no debe considerarse jamás como una idea política, sino como la necesidad de no iniciar al pueblo ideas de gobierno para él desconocidas. Como prueba de ello es, que cuando el Sr. Hidalgo comprendió que su pueblo, aunque ignorante, no necesitaba de este nombre para pelear con denuedo por su libertad, cuando estuvo en Guadalupe mandó bajar dicho retrato del lugar honorífico que tenía en el Ayuntamiento de aquella capital, y jamás el

Sr. Hidalgo ni sus tropas volvieron á ocuparse de tal Monarca: pensamiento feliz, pues dicho soberano no le daba, sin duda, ningún prestigio á la revolución.

Hidalgo era liberal profundo, liberal por sentimiento, liberal por convicción. Liberal profundo, porque á pesar de su educación y la época de atroz fanatismo en que vivía, revelaba claramente y sin temor sus ideas altruistas y de avanzado progreso. Liberal por sentimiento, porque su gran ocupación fué siempre instruir al ignorante pueblo que se doblegaba por ello á las despóticas órdenes de un abusivo gobierno; y levantar en su dignidad al ignorante y débil, es tarea propia sólo de un sentimiento liberal.

La experiencia y convicción de los males trascendentales que agobiaban á la patria, las instituciones de un Gobierno absoluto, le hacían desear por persuasión, principalmente para el país soguzgado, un cambio de gobierno. Así varias veces lo repetía en conversación: que deseaba para el gobierno de su patria libre la democracia recientemente conquistada por el pueblo francés.

La constitución, en fin, que ideó y pensó implantar según su plan de revolución, y que sólo por la premura del tiempo no pudo poner en práctica, pero constitución que, según el Sr. Morelos, era poco más ó menos la misma que el Sr. Rayón como Presidente de la Junta Suprema mandó al Sr. Morelos para que él y su tropa la reconociesen como la constitución que regiría á los insurgentes, lo atestiguará siempre ante la historia como leal, franco y liberal de corazón.

En cuanto al Lic. D. Ignacio Rayón, que después de la prisión de los primeros y principales héroes asumió el mando de los insurgentes en el Norte de la Nación, aceptó también en su bandera revolucionaria el nombre de Fernando VII como conveniencia inmediata, según también aseguraba. Pero más tarde, cuando fué Presidente de la Junta de Zitácuaro, en una comunicación que conserva la historia, le propuso el Libertador Morelos que fuese suprimido el nombre de aquel Rey como ageno á los planes de libertad, como inútil lo era, en efecto, para inspirar el sentimiento de unión y nacionalidad.

El General español D. Francisco Javier Mina, que peleó en favor de nuestra Independencia, decía que no peleaba en contra de España ni de sus compatriotas, sino en contra del absolutismo de los Reyes, personificados entonces en el despótico retrógrado Fernando VII.

El vehemente patriota D. Miguel Ramos Arizpe, Cura de la villa de Borbón y Diputado mexicano en las Cortes españolas, repro-

bó, con toda la energía de su carácter y con la firmeza y convicción de sus ideas republicanas, el poco patriotismo é ideas conservadoras que revelaban sus colegas compatriotas que proponían en 1821, para el Gobierno de México, una rama de la familia real de Borbón.

Se comprende, pues, perfectamente, que sorprendidos nuestros primeros compatriotas antes del tiempo indispensable para ordenar su plan de insurrección, tal cual lo habían meditado y ordenado para un buen éxito, y la confusión en que precisamente se encontraron después, fué causa de que tomaran medidas, muchas como ésta de victorear al Rey español, contrarias á sus ideas y sentimientos patrióticos y liberales; pero poco tiempo después, cuando pasada la primera sorpresa vino alguna calma y reflexión, se desechó completamente esta medida política, peleando siempre por la integridad de la patria, bajo un régimen liberal.

El Congreso venezolano de 1811 y el argentino en 1816, deliberando sus miembros de común acuerdo, y ya con la experiencia de algunos años de revolución, declararon la independencia de sus respectivos países con el sólo objeto de libertarlos del dominio francés, pero en beneficio y para que gobernase en ellos el soberano español.

Y nuestro primer Congreso reunido en Chilpancingo cuatro años después de aguerrida lucha, y por tanto, con la mayor experiencia que daban los mismos acontecimientos, y con la mayor libertad que tiene un cuerpo legislador así constituido, declaró la Independencia Nacional mexicana, no reconociendo más soberanía que la de la misma Nación, ni más Gobierno que el que emanase del mismo pueblo mexicano.

Nuestros más distinguidos diputados de esa memorable época denotaron mucho patriotismo y liberalidad en su eminente declaración. Allí no se trataba de la idea de uno solo, era la idea de un considerable grupo que, aunque no representase á la Nación entera, por las circunstancias en que se reunió, sí podemos asegurar, por la confirmación de los hechos posteriores, que expresaba el sentimiento unánime de nuestro pueblo todo; pues por estos hechos y otros consignados en la historia y dilatados de referir aquí, el pueblo mexicano por naturaleza está animado del sentimiento de igualdad, de amor patrio y de liberalismo de mayor ingenuidad.

Los hombres inteligentes de nuestro país, en distintas clases sociales, pero principalmente los de mayor ilustración, son asimismo liberales por convencimiento; así, siempre hemos visto nuestros más



preclaros talentos, aliados al sentimiento del pueblo, combatir con heroicidad y honor en las distintas épocas aciagas por que ha pasado nuestra patria desde su Independencia hasta la actualidad.

Por último, el inmortal General Guerrero, que con gloriosa constancia mantuvo con las armas la idea de nuestra Independencia sin desmoralizarse nunca, sin desmayar ante los sacrificios de la persecución y falta absoluta de elementos, aceptó el plan de Iguala formado por Iturbide, plan en que Fernando VII figuraba como el presunto Rey del Gobierno independiente.

Pero esta aceptación fué una medida extrema del Sr. Guerrero, que veía la necesidad de asegurar la Independencia anhelada y acabar con tan desastrosa y ya muy larga lucha.

Pero su convicción política no fué ésta jamás: imposible que en sus sentimientos liberales comprendiera buenos tan atroces convenios para la patria. Sus posteriores pronunciamientos contra todo despotismo aseguran claramente sus democráticas ideas.

En cuanto al ánimo que tuvieron los insurgentes respecto de comprometer á la patria con otra nación de quien recibieran ayuda para independerse, tampoco fué pensamiento de ninguno.

El Sr. Hidalgo mandó embajador á los Estados Unidos, únicamente con la misión de conseguir las relaciones diplomáticas de aquel país. Con la misma misión fué enviado otro embajador por el Lic. D. Ignacio Rayón; pero ninguno de dichos comisionados pudo cumplir con su cometido.

El Sr. Gutiérrez de Lara, cuando, por medio del Ministro Americano Mr. Monroe, pidió á los Estados Unidos auxilio en armas y dinero para asegurar el triunfo de la Independencia de nuestro país, rechazó con indignación dicho auxilio cuando las condiciones en que se le proponía hacerlo eran con el objeto de anexionar más tarde nuestra patria á aquella ambiciosa República.

Y así, examinando detenidamente documentos é ideas y proyectos de gobierno emitidos por nuestros insurgentes, por aquellos hombres de patriotismo y corazón, que como los primeros, Hidalgo, Allende, Morelos, Matamoros y Guerrero, que desconociendo particulares intereses luchaban fervorosos por la Independencia en bien del pueblo, solamente y en bien y progreso de la misma patria, se verá que deseaban libertarla no sólo del gobierno extraño en ella establecido, ó cualquiera otro extranjero que en ella pretendiera establecerse, sino también de otro gobierno despótico, absoluto, aunque emanase del mismo país.

Por la mala idea que el Sr. Hidalgo tenía de los monarcas, tratándolos de despóticos y tiranos; por su magnífica opinión sobre

un gobierno republicano, diciendo claramente, que sin disputa una democracia republicana era mejor que una monarquía, fué acusado, años antes de proclamar la Independencia, ante el Tribunal de la Inquisición.

Su decreto de libertad de esclavos, expedido en Guanajuato precisamente cuando el triunfo glorioso de Guanajuato y el Monte de las Cruces lo llenaban de ilusiones para el feliz éxito de su grandiosa empresa; cuando los elementos de defensa que se acumulaban en su poder le daban muy buena esperanza en un pronto y dichoso resultado, la promulgación de este decreto, pues, el primero expedido en América sobre asunto tan humanitario, tan liberal, tan digno de imperecedera gloria, lo inmortaliza por sí solo y le libra de toda acusación mezquina que tratara de empequeñecer sus ideas altruistas y siempre nobles y desinteresadas.

Así como tuvo la inmensa gloria de librar á su pueblo de la esclavitud extranjera, lo hubiera libertado sin duda de cualquier otro despotismo: tal era su liberal modo de pensar.

Si se fija ahora la atención en el benemérito Morelos, el segundo distinguido héroe de nuestra libertad, el Generalísimo que, en el segundo período de la Independencia, tenía todo el poder de las armas insurgentes, se ve que, muy lejos de convertirse por tal motivo en un déspota absoluto, fué el más ardiente defensor de la soberanía de México. Por él se reunió el primer Congreso Nacional, representante único de la soberanía del pueblo.

El mismo glorioso Jefe insurgente, rodeado de prestigio, de simpatía del pueblo y del amor á sus soldados, en vez de suprimir la Junta Suprema, que por la desavenencia de sus miembros Licéaga, Verduzco y Rayón, introducían el desorden y desprestigio de la causa de la libertad; Morelos, que con este pretexto podía haberse convertido en el único soberano, no sólo no pensó en ello, sino que fué el más resuelto defensor de esa Junta Suprema. Por cartas y comunicaciones á Rayón, Presidente de ella, se sabe cuánto deseaba un arreglo pacífico entre sus miembros. Por las mismas comunicaciones decía el mismo Morelos al dicho Presidente de la Junta, que él mismo se sacrificaría en obedecer y hacer obedecer á la Junta Suprema, «y jamás admitiré, decía, el tirano gobierno, esto es, la monarquía, aunque se me eligiese á mí por el primero.» Por salvar el Congreso fué hecho prisionero y fusilado más tarde este demócrata y libertador honorabilísimo de México.

El General Guerrero como liberal luchó por su patria esclavizada; como liberal luchó contra los despóticos presidentes de nuestra patria, y como liberal murió asesinado vilmente por orden de

un compatriota, pero qué, como defensor que había sido del Gobierno Español, era despótico, cruel y tirano.

Así, pues, por libertar la patria del yugo español se llevó á cabo la dilatada y siempre honrosa guerra de Independencia; pero dadas las ideas esclarecidas, civilizadoras, democráticas y liberales de los principales caudillos Hidalgo, Morelos, Mina y Guerrero, que á la cabeza de las tropas combatieron en los cuatro grandes períodos de esta revolución y sostenidos en su patriótica y liberal empresa por Allende, los Aldama, Jiménez, los Rayón y García Torres, los Galeana, los Bravo, Matamoros y Victoria, Pedro Moreno, Mercado y tantos tantos héroes de ilustre memoria consignados ya á la historia por sus méritos y esclarecido nombre, la patria, con el triunfo de estos caudillos, habría conquistado también sus libertades civiles que tanta sangre le costaron después, debido á la funesta intervención del Clero, para realizar la Independencia Nacional, valiéndose de las retrógradas é interesadas miras de D. Agustín de Iturbide.

## VII.

### LAS MASAS POPULARES.

Animadas las masas insurgentes del valor más exaltado, y ansiosas de encontrarse con los defensores del Gobierno para castigar las penas acumuladas en trescientos años y sufridas por varias generaciones de hermanos por la patria, hermanos por la sangre, hermanos por la esclavitud; multitudes ansiosas de manifestar el concentrado odio que en el alma había sabido crear y alimentar aquel Gobierno, marchaban entusiastas á Celaya, ellas, las primeras en proclamar la libertad.

Allí, en los campos de esa población, con la legitimidad que en situaciones como ésta da la voluntad de una considerable multitud que representaba á los opositores todos del Gobierno establecido; allí aquellas multitudes, que conforme á los hechos posteriores podemos decir representaban ellas, las primeras, el sentimiento é idea general de los mexicanos, que eran los verdaderos dueños de la Nación; allí, con la voluntad legítima ya expresada, el Sr. Hidalgo fué nombrado Generalísimo de las fuerzas insurgentes, y Teniente General, su segundo en mando, el joven patriota y valiente Capitán D. Ignacio Allende.

Aquellas muchedumbres, las primeras en levantarse ansiosas á sacudir el yugo del esclavo; aquellas, las que dieron el ejemplo de protesta ante el vil vasallaje é ignominioso servilismo; aquellos primeros mártires sacrificados por la causa más noble, por la aspiración más elevada como es la libertad y nombre en la historia de un digno y valeroso pueblo; aquellas masas que ante la grandeza y la justicia serán inmortales, valerosas y siempre resueltas, marchaban al combate.

Y sin embargo de tan merecida gloria, ¡qué mal han sido juzgadas, y cuán vilmente tratadas en su memoria, no sólo por los déspotas cuyo poder amenazaban, sino también por los mexicanos impugnadores de nuestra revolución!

Era tan admirable el aumento de las bélicas filas que se adherían á la causa del insigne Hidalgo, que los mismos españoles y mexicanos retrógrados que se esforzaban por ocultar el sentimiento patriótico de la Nación, tenían que confesar el levantamiento tan espontáneo y general. Pero éste unánime sentimiento, si se quiere, inconsciente en toda su grandeza para las multitudes, pero sí que expresaba claramente el odio á los opresores y su reprobación á la tiranía, fué calificado por los contrarios de desorden y de amor al robo. ¡Cuánta ignominia, cuánta mala fe, cuánta insensatez!

Los ladrones son egoístas en lo general, y las masas insurgentes mexicanas serán siempre memorables por su abnegación. Ellas, siempre fieles á su causa, sufrieron la más encarnizada persecución de un Gobierno que tomó como égida de su defensa la desolación y la muerte; ellas sufrieron pobreza, hambre, sed y frío, sin abandonar jamás por esta causa su bandera. Todo el país, desde los mortíferos climas de las costas de ambos mares, el poblado centro de la Nación y los desiertos del Norte, fueron cruzados por estas masas que en todas partes pelearon, que en todas partes animaron con su ejemplo para seguir con mayor brío y constancia tan desventajosa lucha: masas que en todas partes sufrieron; que en todas partes murieron clamando con fervor la libertad.

Con el sólo ejemplo de abnegación que dieron las tropas de Rayón, que cruzando los desiertos del Norte caían muertas de cansancio, de hambre y de sed, bastaría para inmortalizarlas, sin contar tantos y tantos otros casos consignados ya en la historia, de los sufrimientos y decididos sacrificios de aquellas nuestras compatriotas multitudes.

El ladrón es cobarde, y nuestras masas insurgentes no sólo fueron valientes, sino denodadas, aguerridas, heroicas. No se registra ninguna acción campal dada por millares de soldados realistas, en

que los insurgentes hayan huído sin luchar, ó bien, sitio sostenido por un insignificante puñado de insurrectos, en que no se registren verdaderas hazañas de valor; nunca un caso de cobardía.

El ladrón es inconstante en las dificultades, y no puede darse mayor ejemplo de constancia en nuestro pueblo, que los once años de exterminadora guerra en que, más que en las épocas de mayor salvajismo, el Gobierno virreinal agotó los medios más infucos para derramar la sangre de prisioneros, para aumentar los martirios de las prisiones y cadalzos, para devastar la tierra con el incendio de innumerables pueblos. Once años de una lucha así, hasta obtener su libertad, acredita á nuestros insurgentes de la mayor abnegación, constancia y patriotismo que pueden registrarse en la historia de todos los tiempos y de todos los pueblos.

Las masas insurgentes que hicieron de paz su entrada á Celaya, estaban formadas en su mayoría de campesinos que no tienen frío, porque el clima de México, en general, es benigno; que no tienen hambre, porque el suelo es fértil, por mal cultivado que él esté; que no tienen ambición, porque lejos del lujo y ostentación de los ricos, no podían apreciar vivamente la diferencia de posiciones; porque lejos de la comunidad de los hombres y ante el ancho campo que inspira franqueza y liberalidad, están más exentos de miserables y viles ideas; porque lejos de la astucia de los menos ignorantes, conservan sus sentimientos, sencillas costumbres y el temor que la religión les inspira. Mayor número de gente del campo era la que seguía al Sr. Hidalgo, y, con los sentimientos que hemos dicho, no abandonaron, sin duda, sus campos, sus hogares y familias por la idea del robo, por la idea de una insignificante utilidad conseguida á costa de la misma vida. No; los insurgentes se unieron á sus jefes por patriotismo, por un patriotismo rudo y mal entendido, si así se pretende; pero siempre patriotismo, siempre por librar á la patria de aquel gobierno que sus hermanos, los jefes más entendidos é ilustrados, llamaban mal gobierno.

El patriotismo es innato en el hombre: el salvaje siente no sólo la necesidad de defender la gruta en que vive y le proporciona descanso, sino que la ama y siente por ella adhesión tal, que difícilmente la cambiaría por otra mejor. El sentimiento de fraternidad es asimismo instintivo, amando el salvaje más, sin saber la causa, al compañero nacido en la tierra cercana á la suya, que al extraño, por digno que éste sea de mayor aprecio, pues lo domina el sentimiento, no la comparación.

La ignorancia aviva más esta manera de sentir, pues en este caso el sentimiento está fuera de toda razón.

Las masas insurgentes eran ignorantes; pero los indios, por su idioma, por el aspecto y la tradición, sabían que los gobernantes eran de otra raza que la de ellos; los mestizos, por el trato y mayor experiencia lo sabían mejor.

Como prueba de que su inclinación no era la del robo, los vemos en Dolores reunirse y formar un cuerpo de guerra ya muy considerable, y respetar, á pesar de su poder para el desorden, las vidas y bienes de los moradores de este pueblo y el de S. Miguel el Grande, pues no existe ningún documento que atestigüe lo contrario.

Extraño, sí; es altamente culpable la acción del saqueo ordenado por el Jefe realista de más prestigio, por el Sr. Calleja, que por venganza, sólo por ruín y miserable venganza, mandó robar la casa del Sr. Hidalgo en Dolores, y la de Allende en S. Miguel, descompasándose, como era natural, los autorizados saqueos, y robando las tropas muchas casas de ricos no comprendidas en la autorización.

Nuestros insurgentes caminaban ya con mayor disciplina y un poco más ordenados respecto á los grupos de batalla, cuando hicieron su entrada por las calles de Celaya: sugestionados por el pueblo se entregaron al saqueo. No puede, sin embargo de estos hechos, decirse que las multitudes insurgentes estuviesen dominadas por la rapacidad y el crimen, nó; cuidadosamente estudiadas y justamente comprendidas, no fué ésta su intención. Si por los desórdenes propios de las multitudes que se han visto y ven en todas partes, se calificase á los pueblos, y por ellos se juzgasen las causas que sostienen estos mismos con las armas, ni habría pueblos honrados, ni causa que por estos hechos no perdiese su mérito y elevación.

Celaya, situada en el centro de varias poblaciones de importancia, y sobre todo, en el camino que conduce á la Capital, estaba en comunicación frecuente con esta población y otras de mucho tráfico y comercio; abrigaba por tal motivo, en su seno, un populacho mezclado de otros muchos; pueblo bajo de vagos, de viciosos y asesinos. De esta clase de gente existe en todas las tierras y en todas las razas; pero por circunstancias especiales en la conquista de la América; por la constante inmigración de canallas de otros países, este pueblo bajo de México y sus alrededores fué más degradado, y por herencia y abandono lo era en la época á que nos referimos. Apenas ha bastado la libertad de cien años y la muy poca atención que ha podido dedicarle el Gobierno, para mejorarlo un tanto más en su condición. Este pueblo bajo fué, pues, sin disputa el que, valiéndose de la novedad de los acontecimientos, inició el desorden y sugestionó á los soldados insurgentes á tomar parte en el saqueo

de Celaya y después en el de Guanajuato, únicos verificados en el primer período de guerra por estas multitudes. La entrada posterior de estas tropas á Toluca, antes y después de la batalla heroica y del triunfo tan brillante del Monte de las Cruces, fué enteramente ordenada, lo mismo que las sucesivas á Valladolid y Guadalajara.

La depravación del pueblo bajo en las capitales de la Nueva-España, provenían, no de los indios, y no sólo de las inmigraciones propias y ya mencionadas, sino por las causas primordiales siguientes:

Primera: Desde los primeros años en que Cristóbal Colón tomó posesión de las tierras descubiertas en América, abundaban como primeros pobladores muchos aventureros, en quienes no dominaban, por regla general, los sentimientos de moralidad y honradez.

Las cédulas que el mismo Colón obtuvo de los reyes españoles para que á los asesinos sentenciados á muerte por atrevidos robos y por otra serie de horripilantes crímenes se les computase la pena de muerte en la obligación de venir á trabajar en las indias, fueron origen de los sentimientos perversos que, como herencia, estos padres legaron á sus hijos, los nuevos habitantes de los países Hispano-Americanos.

Los mismos compañeros de Cortés fueron muy valientes, muy patriotas, muy aguerridos; pero aventureros, al fin, que no dieron muestras de moralidad en ningún sentido; pues aun como padres fueron ingratos, que abandonaron á sus hijos. Siendo tan morosos estos desvalidos hijos de españoles, que el Gobierno se vió obligado, en los primeros años de la dominación, á recogerlos, asilándolos en el Colegio de Niñas y en el de S. Juan de Letrán, instituidos con tal objeto.

La herencia de tales generaciones, á las que falta el amor como elemento en la vida de las celdillas, y el amor como sentimental manifestación paterna, no es garantía para la moralidad, el bien y tranquilidad que acompaña casi siempre á la honradez.

Segunda: El abandono completo en que estuvo este pueblo en tiempo de la dominación, el mal trato y las vejaciones constantes de un mal Gobierno, empeoraron la condición moral de estos individuos, siendo ella la causa, más tarde, de los males que recibieron los mismos dominadores en su anhelo de someter, en su afán de conservar.

Todos los malos instintos, por perversos que sean, se corrigen con la educación, ayudada por la constancia de los años. La per-

severancia en las buenas acciones, la justicia en el buen trato empleados con los educandos, producen saludables efectos, realizándose en el transcurso del tiempo un cambio bienhechor y radical.

Trescientos años fueron perdidos para la regeneración; las leyes abandonaban al pueblo; los señores empleaban de sus criados sólo la fuerza animal, conservando los desdichados siervos sólo las virtudes que les daba su propio instinto, cualidades que les daba la naturaleza por amor; pero el cerebro inanimado necesitaba siempre la enseñanza, el guía de la razón, que bien aplicada, conduce casi siempre á la bondad.

El pueblo mexicano sabía por tradición que la conquista había sido, para el nativo pueblo, abominable; y sabía, por la experiencia propia, que sólo el español enriquecía, porque sólo á él se le facilitaban los medios para conseguirlo; que sólo al español estaba reservado el ascenso en el trabajo ó á lo que le llamaba su ambición; que sólo al español estaban reservados los altos puestos de la administración pública; que sólo para ellos eran los honores de las altas dignidades en lo político, en lo eclesiástico y en lo militar. Sabía que sólo el español, y tan sólo por tener el mérito de esa nacionalidad, regía los destinos de un pueblo sumiso y agobiado por los males, y que ese pueblo que sufría, que ese pueblo esclavo, era el mismo, el pueblo mexicano. Sabía, en fin, que el español gozaba porque para ello tenía los elementos, viviendo por tanto la vida de goce, la vida consciente, la vida del hombre, mientras el pueblo conserva apenas la del animal con su perfecto estado de involuntad y trabajo. En fin, la palabra español representaba para el pueblo la superioridad social del europeo sobre el americano, diferencia injusta é inconsecuente á la altura de saber á que había llegado el nativo mexicano en la época de que se trata.

Inconscientemente esta idea tan positiva fué creando un fondo de antipatía y rencor; el tiempo no variaba en nada las condiciones del obligado súbdito, por lo que aquella antipatía se convirtió pronto en odio terrible, fácil de estallar con anhelo de venganza, cuando para ello se presentase la ocasión.

Y como oportunidad para manifestar este concentrado odio, consideraron las multitudes, «que no razonan,» el levantamiento glorioso y digno del pueblo contra el antiguo invasor que supo hacerse aborrecer, el noble sentimiento de emancipación lo transformaron las multitudes por su ignorancia, en implacable sentimiento vengador: este sentimiento, pues, dominado por tantos siglos, tenía que despertar enérgico como grito de muerte, como implacable desig-



nio que vivo mantenía el alma de la raza indígena en contra de su exterminador.

Esta y no otra fué la causa de los desastres del pueblo en Celaya y Guanajuato; ésta la razón verdadera; ésta la opinión que dominaba al pueblo; pero que mezclados, como es natural, en esta clase baja con todos los desórdenes que se facilitan, tomaron todos los caracteres de la maldad intencionada y del pillaje.

Que saqueasen los comercios de los ricos, que las casas de los acaudalados, que las de los mineros, pudo haber sido no sólo por interés del robo, sino porque los ricos, los comerciantes, los mineros, etc., eran los españoles, á quienes el pueblo consideraba enriquecidos con el trabajo del pueblo mismo.

Además, aunque los individuos de nuestras muchedumbres mexicanas, que forman la gente humilde de los ranchos y poblaciones, y la mayoría de las masas insurgentes de aquella época, poseían muy recomendables cualidades personales, ya en muchedumbre se aviva, como hemos dicho, la pasión del odio al orden de cosas con tiranía establecido; y estas cualidades se transforman en defectos, como es muy fácil comprender, siguiendo las teorías del psicólogo Le Bon.

Este autor, en su estudio de las multitudes tratadas psicológicamente, dice:

«En las multitudes, no es el talento el que domina, sino la estupidez. Las multitudes son inconscientes de sus actos: bajo la influencia de una sugestión se lanzan con increíble impetuosidad al cumplimiento de acciones que ellas creen de su deber.»

Así las multitudes en Celaya, animadas del sentimiento de odio, ya explicado en ellas, obraron sugestionadas por este sentimiento, introduciéndose el robo como facilidad en este desorden; pero no como la intención primera que las dominara.

Nó; no fué el robo el que alentaba á las masas en su bélico entusiasmo en el combate, nó; el rapaz huye acobardado cuando se encuentra dificultades serias que vencer; y ellas, las mismas masas, que sin combate entraron en Celaya, se encuentran sitiando con increíble brío las sólidas y bien defendidas fortificaciones de Guanajuato. En este ataque los insurgentes no tenían más que poquísimas balas; y piedras, solamente piedras, era con lo que hacían frente á los magníficos fusiles, cañones y botes de azogue que hacían estragos indecibles en las compactas masas. Y no retrocedían ante la eminencia del peligro: veían desaparecer las multitudes que les precedían barridas por la metralla, y cruzando los arroyos de sangre y sobre las prominencias de cadáveres de sus hermanos se

gufan y segufan avanzando enardecidas, seguras de encontrar la muerte; pero con la esperanza de que ella sirviese al triunfo de los que tras ellos avanzaban.

Nó; estas no eran masas de bandidos, eran masas de patriotas hasta el fanatismo. Nó; el bandido retrocede acobardado y espera la ocasión de no exponer la vida, y estas masas se olvidaban de la muerte pensando en el triunfo de la patria. Nó; en Guanajuato, en las Cruces y en Calderón, no pelearon las bien organizadas tropas del Gobierno contra multitudes ávidas de robo, nó; eran pelotones mal organizados; pero de bravos, de intrépidos, de héroes.

El Intendente Riaño, su hijo y algunos otros jefes realistas de inferior graduación murieron en el ataque á Guanajuato, y doscientos sólo entre las tropas de realistas. ¡Mil doscientas vidas de patriotas, en cambio, costó esta sólo acción á la defensa nacional!

Después de aquel reñidísimo ataque, en que las multitudes vencedoras tuvieron conciencia de su poder, puesto que sin más defensa que su propio cuerpo habían dominado tan bien dispuestas fortificaciones, vino naturalmente la embriaguez del triunfo, y en el calor de la victoria y ante la indignación que causaba la fresca sangre de las víctimas del despotismo, acabaron de matar á los defensores de Granaditas que todavía con valor se defendieron.

Aquellas masas no sólo fueron dignas hijas de la libertad y la bravura, sino que en aquella, en la primera lucha formal, quedaron coronadas por la gloria. Después, sugestionadas por el populacho, perdieron la conciencia de su deber y se entregaron al saqueo y al desorden. La gran mayoría de aquellos individuos comprendía perfectamente cuál era su misión: pelear por la libertad de la Nación, pelear porque el Gobierno que después se estableciese fuese el suyo, el Gobierno mexicano, que los vería como hermanos y que los protegería con sus leyes, que los haría felices por sus benéficas instituciones. Esas ideas, más ó menos imperfectas, alentaban en la lucha y les daban fuerza para perseverar en su tarea. Pero si individualmente comprendían su deber; si después de la victoria cada individuo comprendía el límite de su alboroto, no sucedía lo mismo á las masas convertidas en psicológica multitud.

«Las multitudes poseen caracteres nuevos y muy diferentes de los individuos que forman esta aglomeración.» «La personalidad consciente se desvanece.» «Una multitud psicológica —como lo eran nuestras multitudes insurgentes después del glorioso triunfo de Guanajuato—, forman un solo ser que se encuentra sometido á la *ley de la unidad mental de las muchedumbres.*»

«Por esta ley las aptitudes mentales del individuo se borran en

el alma colectiva; lo heterogéneo se anega en lo homogéneo y dominan las cualidades inconscientes.»

Si las multitudes en Guanajuato, sugestionadas por los pícaros del pueblo bajo, cometieron desórdenes y saqueos, fué por las condiciones en que se encontraban de sentimiento de odio al Gobierno y de sugestión al desorden por el pueblo, y no sólo por perversos instintos individuales, que hace cambiar mucho la condición para juzgarlas.

Un severísimo bando expedido por el Generalísimo condenando con la pena de muerte la falta de su observancia, puso fin á la excitación y los saqueos.

Se ha culpado al Sr. Hidalgo por no haber evitado estos desórdenes con el bando que después expidió; pero ni amigos ni enemigos de su partido han comprendido los motivos imperiosos de este proceder.

Se ha supuesto en él una culpable tolerancia en estos hechos como para que sirviesen de atractivo á las masas que los seguían; suposición justamente desmentida por sus antecedentes y nobleza de pensar.

Nadie como él, así ciertamente lo decía, lamentaba más esta confusión; pero á la vez, nadie como él la consideraba como consecuencia inevitable en toda clase de revoluciones.

Las tropas disciplinadas, por numerosas que se formen y por heterogéneos que sean los instintos de cada miembro, no forman una multitud psicológica, porque todas constituyen un solo cuerpo sujeto á la rígida disciplina militar. Ellas, por natural observancia ó por la rígida disciplina, se acostumbran á la obediencia y saben que por faltar á ella pueden perder la vida. Este temor es el que en ella domina y bajo esta influencia se inspiran en sus actos. Llevan, pues, ya consigo el predominio de las mayores excitaciones.

Pero aquellas masas que voluntariamente se aprestaban á la lucha y que tan recientemente se encontraban subordinadas á una disciplina que no comprendían, se consideraban por tanto con cierto derecho al uso de su voluntad. Después de una lucha como la que acababan de sostener en Guanajuato, en que habían puesto á prueba su inmenso poder, el bando del Generalísimo expedido inmediatamente habría servido sólo para desofrse, desprestigiando poderosamente la obediencia y respeto á la superioridad insurgente tan recientemente constituida.

El Sr. Hidalgo, por su talento y experiencia, así como por sus conocimientos históricos y todos aquellos que se relacionan con la naturaleza del hombre; por su observancia natural sobre los mó-

viles de las acciones humanas comprendía la lógica de los hechos y bajo esta influencia los consideraba. Por intuición conocía el poder de las multitudes, y á él ajustaba sus determinaciones sobre las que lo seguían entusiastas y lo ayudaban en su inmortal empresa.

Un hombre como él, tan notablemente adelantado á su época, alimentó en su cerebro ideas y dedujo consecuencias que son ahora enseñanza de la psicología moderna.

Así, repitiendo á Le Bon, dice:

«Las multitudes, como el salvaje, no admiten que pueda interponerse nada entre su intento y la realización de su deseo. Las impulsiones diversas, á las cuales obedecen las multitudes, son siempre de tal modo imperiosas que ni el interés de conservación puede detenerlas.»

Nuestros soldados, en el primer período de la revolución, fueron verdaderas muchedumbres psicológicas, por tanto, sujetas á los imprescindibles fenómenos que las caracterizan. Así, pues, según las teorías del psicólogo ya mencionado, la aristocracia intelectual que preparaba los medios de una civilización nueva, conseguida al fin en nuestra patria después de cien años de libertad, fueron todos nuestros distinguidos jefes insurgentes, con cuyos nombres se engrandece nuestra historia; y la fuerza, la verdadera, constante y digna fuerza para conseguir el triunfo, nuestro patriota pueblo, que, en multitudes poco aptas para razonar, fueron en cambio muy aptas en su acción para destruir lo que impedía la libertad.

Asegura el historiador Alamán que por los desórdenes que los soldados insurgentes cometían en Guanajuato, manifestó Aldama su disgusto al Sr. Hidalgo, y que éste dijo: Que no conocía otro medio de hacerse de adeptos; que si él, Aldama, lo conocía, se lo enseñase.

Si fué acaso cierta esta contestación, no era la autorización voluntaria del Generalísimo, sino la imprescindible necesidad la que lo hacía expresarse así; pues aunque el Sr. Hidalgo no demostrase con argumentos científicos la fuerza indómita de las multitudes, sí la concebía perfectamente, según lo acredita su proceder durante el tiempo cortísimo que dirigió la revolución.

No fué, pues, disimulo el que tuvo en los saqueos de Guanajuato en los días 28 y 29 antes de expedido el bando; fué una imprescindible necesidad.

## VII.

INTERVENCIÓN DEL ELEMENTO INTELECTUAL EN LA GUERRA  
DE INDEPENDENCIA.

La causa que defendían aquellas masas, como tenía que ser, en nada desmerecía en estos hechos. Siempre noble y elevado el principio de autonomía, afectaba los grandes corazones, por cuyo motivo, muy al contrario de ser abandonada por las más despiertas inteligencias, por aquella juventud que aunque acomodada y con los halagos de la fortuna, había sido dotada por la naturaleza de un carácter independiente, propio de la región americana, se unieron allí mismo en la ciudad de Guanajuato á los insurgentes varios jóvenes de honorables familias, como D. Casimiro Chovel y D. Rafael Dávalos, que, como practicantes de minas, permanecían en Guanajuato. Gómez, D. Bernardo Chico y D. José María Licéaga, miembros de familias distinguidas; Fabio Ayala, militares agueridos y pundonorosos, todos ellos jóvenes de ilustración, honradez y de trabajo, esperanza de la patria; jóvenes de brillante porvenir en una patria libre; pero sacrificados lastimosamente por la más abominable tiranía. D. Mariano Jiménez, con cuya memoria se honran siempre nuestros anales patrios, y cuya cabeza, en unión de la del augusto Padre de la patria, de la de Allende y el joven Aldama, estuvieron once años cada una en un ángulo del Castillo de Granaditas para ignominia del Gobierno Español, que usó para nuestros insurgentes, en el siglo XIX, la misma crueldad y bajeza en sus castigos que los que usó trescientos años atrás con nuestros indios en la conquista; que los que, con centenares de años de anterioridad, usaron en sus castigos las naciones más salvajes.

El grito de libertad dado en Dolores tuvo, pues, resonancia universal, y así como por todas partes acudían al grupo principal las multitudes, así también jefes de distinción pedían al Generalísimo sus órdenes para levantar gente por distintos rumbos del país.

El Sr. Morelos, Cura de Carácuaro, una de las más grandiosas personalidades de nuestra revolución, luchó con indómito valor por toda la zona Sur haciéndose memorable por sus disposiciones militares, llegando al fin hasta la gloria en el famoso sitio de Cuautla, donde, sólo con cuatro mil hombres, burló el poder de Calleja, que,

con doble número y perfectamente equipados, se creía invencible; siendo este sitio, para el gran orgullo del General español, una terrible humillación. Luchó el Sr. Morelos con firme constancia por cinco años hasta que, cumpliendo con el deber sagrado de defender al Congreso, cayó prisionero y fué fusilado como refiere la historia, después de haber sufrido martirios como los que, en este caso, y así en cada uno de los anteriores y posteriores á que se sujetó á los mártires de nuestra libertad, justificaron en el Gobierno absoluto despotismo y tiranía.

D. José María Mercado, Cura también, apreciado por su inteligencia y virtudes por cuantos lo trataban, sostuvo la guerra por mucho tiempo en S. Blas y Tepic hasta que, próximo á caer en poder del enemigo, prefirió matarse. No conformes los realistas con tal determinación, azotaron vilmente su cadáver, satisfaciendo así su vil venganza.

Por Colima, autorizado también por el Generalísimo, se levantó el honrado agricultor y denodado patriota D. José Antonio Torres, quien, después de un brillante triunfo, logró ofrecer al Generalísimo la ciudad de Guadalajara. Allí, por tal motivo, fué el lugar de nuestra patria donde primero, en América, se derogó la esclavitud. El decreto de abolición, emanado de justicia y luz intelectual, formará siempre la aureola más resplandeciente del mexicano egregio Cura de Dolores, Padre de la libertad.

Fr. Gregorio de la Concepción, amigo y compañero del Generalísimo desde los secretos arreglos de la conspiración, se levantó en armas en San Luis Potosí. González Hermosillo, autorizado por Hidalgo, obtuvo triunfos ventajosos por Sonora y Sinaloa. El joven, rico y distinguido abogado D. Ignacio López Rayón, abandonando la vida de descanso y esperanza de progreso particular, ofreció sus servicios al Padre de la patria, quien, desde su marcha al Monte de las Cruces, lo empleó como secretario particular.

Si, pues, todos estos jefes ya mencionados fueron autorizados por el Generalísimo, los hechos positivos le demostraban que el sentimiento de la Independencia era nacional. Pero sin embargo, cumpliendo con un deber patriótico, empleó la imprenta, conseguida con tanto sacrificio, en hacer un llamado á los mexicanos que sin reflexión en la conveniencia de los hechos libertadores seguían sirviendo al Gobierno usurpador.

El mismo Sr. Hidalgo trabajó afanosamente en las máquinas impresoras, saliendo pronto á luz la proclama á los americanos, en la que exponía claramente verdades como el desprecio con que España miraba á los americanos y la falsedad de la misma en la pro-

mesa de la igualdad ante la ley española y mexicana, falsedad que más tarde la sucesión de los acontecimientos se encargó de demostrar.

El Gobierno Español tuvo presentimiento del resultado final de nuestra insurrección; ésto lo demuestra la participación que, aunque muy tardía, dió á los mexicanos en el Congreso de España, y con la abolición del tributo á los indios para halagar la credulidad, que sólo fué de una notable minoría.

Pero el mal concepto en que los españoles, tanto de la Península como los habitantes en Nueva-España, tenían de los hijos de las colonias, mestizos y criollos, y más que mal concepto, el orgullo exagerado que distinguió siempre á los dominadores para apreciar debidamente las cualidades de los dominados, era perfectamente conocido por el Sr. Hidalgo; así lo revelan las juiciosas frases de su proclama. Por eso en ella les demuestra la verdad, por eso los llama con interés á la defensa de la patria.

En diciembre de 1810 hablaba en la proclama el Sr. Hidalgo de las engañosas promesas del Gobierno Español en bien de los americanos. Poco tiempo después los crédulos fueron desengañados, pues los diputados mexicanos, en las Cortes, no pudieron obtener representación igual en el modo y forma á la representación que tenían los diputados en la Península.

Motivos de este y otros muchos desengaños fué el cambio de realistas mexicanos á insurgentes, en el curso de la revolución.

Las dos exposiciones que el Consulado mexicano mandó á las Cortes en abril de 1811, en cuyos documentos se hacen las más vivas expresiones del pueblo mexicano, documentos que manifiestan la bajeza y ruindad del pensamiento de los expositores, deben haber sido poco conocidos en América, pues de lo contrario, increíble sería que los mexicanos persistiesen en la defensa de los realistas españoles, cuando en pocos documentos se habrá insultado á un pueblo más ignominiosamente, como en esas dos exposiciones se insultó al pueblo mexicano.

El fanatismo religioso atrofia las ideas, por esto todos los defensores del Gobierno de esa época, en extremo religioso, fueron los defensores del retroceso en la patria que se sacrificaba por ser libre.

En algunos otros militares, como D. Agustín de Iturbide, no fué precisamente el engaño de un porvenir mejor para la patria, con el mismo Gobierno establecido, sino una fanática religiosidad y una exagerada ambición particular era lo que lo hacía expresarse en esperanzas y halagos venideros para la patria con aquel mismo Go-

bierno, induciendo á pasarse al partido conservador al General Guerrero, á principios de 1821, en carta dirigida amistosamente á tan ilustre y puro liberal. Pero tan patriota insurgente, como era nuestro impertérrito héroe, dudó, y con justicia, como el Sr. Hidalgo dudó siempre también de toda promesa hecha por el Gobierno, y pensó siempre sólo en la Independencia absoluta de México sin vacilar jamás.

Por fin, la proclama del Sr. Hidalgo fué desofda por muchos militares que más tarde, cuando los honores que recibieron las tropas españolas llamadas en auxilio del Gobierno en 1812, se convencieron prácticamente de la distinción notable hecha entre españoles y mexicanos; cuando vieron la diferencia en el pago de aquéllas y las mexicanas, y cuando los ascensos militares otorgados á las unas y á las otras en la misma relación los desmoralizaron, pues las tropas mexicanas habían derramado su sangre en defensa del Rey, y las españolas venían sólo recibiendo distinción y honores; cuando, en fin, en circunstancias iguales pudieron apreciar mejor la distinción entre el europeo y el americano, algunos realistas mexicanos cambiaron de ideas y lamentaron su error, pasándose sin demora al partido de la autonomía nacional.

Cuán justificada quedaba, pues, la opinión del Diputado á las Cortes D. José Valle Cisneros, mexicano, cuando en todas las dificultades y humillaciones que sentían sus compañeros en aquel Congreso, decía: «Para remediar ésto, no hay más que el Cura Hidalgo;» pero no á todas las inteligencias les está dado percibir claramente la verdad, ni á todos los corazones abrigar sentimientos de abnegación y humanidad, exponiendo la vida por la realización de una idea que debe redundar, más que en el bien particular, en la felicidad de un pueblo. En México, sin embargo, las mejores inteligencias fueron del partido liberal. Por tal motivo, además de los indómitos mexicanos autorizados por el Sr. Hidalgo para alentar tropas en pró de la libertad, se levantaron más tarde, decididos y heroicos en las armas, Galeana, Matamoros, los Bravo, familias de sublimes héroes, Guerrero, Victoria, Rosales, valientes sin ejemplo y que por sus antecedentes de honradez, constancia é inteligencia, abnegación y patriotismo, están en perfecto acuerdo con sus hazañas, propias para embellecer la leyenda más ideal y maravillosa en guerras consumadas en pro de la humanidad.

La juventud, sacrificando su fortuna en bien de la patria, como sucedió con estos nuestros prohombres ya mencionados, y como lo hizo el joven D. Juan Alvarez, Presidente más tarde de la República liberal, que por sostener las tropas del Sr. Morelos gas-



tó toda su regular fortuna, son acciones, que, además de engrandecer su nombre, subliman nuestra historia

Un pueblo que en tales condiciones se revela ante un Gobierno tan antiguamente establecido; una causa que contaba con las multitudes como defensa; con las multitudes, que al grito de «muera el gobierno,» frenéticas se lanzaban á la lucha; una causa que contaba con el ánimo de las multitudes, que, á pesar de ser las más conservadoras, como dice el mismo Le Bon, fueron en nuestro caso las más resueltas y constantes para destruir el orden de cosas existentes hacía trescientos años; una causa que impresiona tan vivamente en su favor la voluntad de un pueblo, que, ignorante, no reflexiona, pero sí, por instinto aborrece todas las instituciones que le dañan, es notoriamente la expresión del sentimiento general, la más firme esperanza de todo un pueblo en el mejoramiento de su condición.

Esta causa sostenida quizá instintivamente por el pueblo bajo, pero proclamada y firmemente sostenida por lo más florido de una nación, en juventud, riqueza é ilustración, como hemos dicho, son nuestros distinguidos héroes, es sin réplica la causa, que, además de alentar el sentimiento patrio, resiste el estudio, aparece gloriosa ante el análisis, se impone al juicio, á la conveniencia y á la razón, como el medio único de que dispone un pueblo para dignificarse, para engrandecerse.

Pero como si los historiadores encontrasen indignas de alabanza las manifestaciones de las masas populares, que, como las de nuestras turbas insurgentes, llevaban en sus confusos movimientos un honrado y magno fin, jamás los gloriosos hechos verificados por éstas han sido justamente comprendidos; ni su Caudillo, el insigne Cura de Dolores, apreciado dignamente en su grandiosidad. Tan digno de ocupar un prominente puesto en la relación histórica, es un pueblo ilustrado, que, conocedor de sus derechos, se levanta con todas las formas de legalidad ante la Metrópoli que trata de ultrajarlo, como pasó con las colonias inglesas de Norte América, como digno es también el pueblo aquel, que, agobiado por la ignorancia, soporta una prolongada esclavitud, como sucedió al pueblo mexicano; pero que cansado al fin, se vale de movimientos revolucionarios con el desorden y confusión propios de su impotencia y abandono, desórdenes que se inponen en las difíciles circunstancias porque atraviesa, en la demanda de justicia, en el reclamo de sus derechos. Un pueblo que así se levanta del servilismo, que así lucha contra la humillación, se engrandece, aún valiéndose de tales medios, tanto como otro, cuyas libertades consigue al amparo de la ley.

El pueblo Norte-Americano al establecerse en América con todas las libertades que le concedía la Corona inglesa, y con todas las que se abrogaba por su ilustración y distancia á la Metrópoli, traía la independencia como esencia de un pensamiento y como base de sus instituciones. Venía ilustrado, y empleó su tiempo en engrandecerse; era casi libre, y empleó su fuerza en constituirse en bien organizado pueblo; quiso su libertad nacional, y en tales condiciones pudo levantarse en su reclamo con toda la rectitud y formalidad de la ley.

Nuestros jefes insurgentes, entre ellos el primer Caudillo, hemos dicho que era de vastísimo talento y de muy completa instrucción, no desconocía, por lo tanto, las fatales condiciones en que se había verificado el movimiento revolucionario que principió el 16 de septiembre de 1810; pero la extremada sujeción en que vivían los habitantes de México, evitó la realización de un bien desarrollado plan; y, sobre todo, la sorpresa de que fueron víctimas los promovedores de la Independencia, obligó al dignísimo Jefe á conducirse tal y como las oportunidades lo requerían. Ha sido duramente juzgado por no haber establecido un Gobierno que, como representante del pueblo, hubiese dado prestigio á la revolución; pero no puede darse por ésto ni mayor injusticia, ni más grande insensatez. En el cortísimo tiempo que dirigió la guerra y con la persecución del Gobierno, dura y tenaz, no pudo emplear mejor su atención, su esmero mayor y su constante energía, que en asegurar la defensa del triunfo de la causa: el deseo de todos, el verdadero objeto de tal revolución; y este empleo de tiempo en pro de la Independencia, lo hizo de la manera más inteligente y más patriótica, por lo que será siempre su mayor encomio, su proceder más meritorio.

Sabía que los defensores de la Independencia se levantaban por todos rumbos del país, puesto que á él mismo pedían la autorización, y obedeciendo sus órdenes, todos luchaban con el mismo único objeto, la Independencia de la patria esclavizada.

Comprendía que en épocas de guerra, como las que atravesaban entonces, el Gobierno de uno solo, siempre que éste tienda á la aspiración de todos, es el mejor. Comprendió que el establecimiento de una junta ó gobierno, era la forma de un gobierno más propia para constituciones liberales, como las que él deseaba para su patria; también comprendía, que no estando el pueblo educado ni bastante instruido en asuntos civiles, cualquiera forma de gobierno daría motivo á divisiones y reyertas perjudiciales en las circunstancias en que atravesaban, y en nada, absolutamente en nada, habría mejorado la situación de los independientes.

Por otra parte, muy elocuentemente explicaba en sus proclamas, como queda dicho, que consumada la Independencia, punto esencial, motivo único, imperiosa necesidad, la nación entera, con la calma que proporciona la paz, y en el libre y pleno uso de sus derechos, puestos en acción todos los partidos, concurriendo al estudio de las instituciones todas las mejores inteligencias, se vencerían más acertadamente las dificultades que estos asuntos ofrecen, y la Nación quedaría constituida en un gobierno más de acuerdo con todas las necesidades, en armonía con todos los deseos, y más de conformidad con todas las aspiraciones.

Este, su verdadero y acertado pensamiento, está muy de acuerdo con el juicio que manifestó en todas sus determinaciones; muy al contrario de empequeñecerle ante el mundo político, fué, sin duda, su prudente proceder el que dió aliento invencible á la insurrección; el que mantuvo firme, sin envidia, sin discordia, sin recelos, á los combatientes, que, con ciega confianza en su leal y patriota Caudillo, se unía á su bandera, la que promulgaba como verdadero lema, el bienestar de todos, la libertad nacional.

Muy digno de encomio es, sin duda, el proceder del Sr. Rayón al establecer más tarde la junta de Zitácuaro. Muerto el primer Caudillo que simbolizaba la patria, muy aventurado habría sido considerarse él, el Sr Rayón, con la misma simpatía que el mismo partido del Sr. Hidalgo, recurriendo muy patrióticamente á los auxilios y representación de una Junta.

El Generalísimo Morelos, con tanto patriotismo y liberalidad como animaron al Sr. Hidalgo, pero con más tiempo disponible, y creyendo levantar más alto la revolución con la representación nacional, puso todo su empeño en la reunión del primer Congreso. Nobles aspiraciones y progresistas ideas, pero que no dieron ni más ni menos resultados positivos á la causa, y sí manifestaron luego el espíritu de partido los miembros de la Junta. Por la defensa del Congreso fué hecho prisionero y fusilado el Jefe Supremo que dió tanto nombre á la causa en el segundo período de la guerra, y cuya muerte hizo más falta que el Congreso mismo al principio de emancipación.

La inutilidad de una representación nacional venía, sin duda, al pensamiento del primer Generalísimo; de la imposibilidad de sostener dicho Gobierno; de que España, obstinada en el más tiránico proceder, no atendería jamás. Así lo manifestó por sus escritos, considerando la felonía que usó con los insurrectos y que ni admitía ninguna negociación propuesta por los insubordinados, viñese directamente de ellos ó de sus representantes constituidos

como Nación. Bandidos les llamó siempre y como bandidos los trató, cualquiera que fuese la legalidad con que se manifestasen.

Para los Estados Unidos, nación que podía haber prestado su ayuda, no había más que el interés por lo que, aceptándose sus proposiciones como las que hizo á Gutiérrez de Lara, su ayuda habría sido lo mismo á un Congreso que á cualquiera ó cada uno de los jefes insurrectos, ya estuviesen ó nó de común acuerdo, ya fuesen ó nó de la misma opinión.

En el tercer período de la heroica lucha, la Junta de Jaujilla no obtuvo resultado, y después no hubo más representación nacional que la causa proclamada en Dolores, siempre incólume, siempre elevada y digna. Y para el valeroso y denodado Guerrero, ella, la causa, fué su bandera; ella, la santa causa, su constitución que le mantuvo inquebrantable, y ella, la grandiosa causa de Independencia, fué ante la única que el insigne insurrecto doblegó su espada. Jamás le atemorizó ninguna amenaza, jamás temió ninguna persecución, y sin más representación nacional que su mismo propósito, supo sostener la lucha, ya tan decaída en otros ánimos, cediendo sólo hasta la seguridad de ver consumada la verdadera causa de la lucha, la libertad nacional.

Hablando Le Bon de las asambleas parlamentarias, dice que: «Se convierte en un rebaño inestable, obediente á todos los impulsos.» «La obra de una multitud, —en que dicho autor considera convertidas las Asambleas,— es en todas partes y siempre, inferior á la de un individuo aislado.»

Si, pues, el Sr. Hidalgo comprendió, como ya antes hemos dicho, que un gobierno republicano era la forma más adecuada para un pueblo liberal, también comprendió, que los ensayos é inexperiencia de un Congreso, en aquel tiempo de lucha, serían altamente perniciosos para los que con las armas los sostenían.

Y no por despotismo, como pretende Alamán, sino por verdadero y sano juicio se mantuvo como único Jefe; pero siempre consultando y esperando para obrar, el asentimiento de los que le acompañaran en su corta carrera militar.

Mucho se ha censurado también en el honorable Caudillo, al grado de querer indignamente deprimirlo en su acción, el sistema de pelear con pelotones de gente indisciplinada. No fué, sin duda, el pensamiento del Sr. Hidalgo pelear con esta clase de gente, cuando ciertamente esperaba que la tropa que era mexicana entonces en su totalidad, y que más que ninguna otra corporación motivos tenía de alto disgusto ante el Gobierno, se cambiase con justicia á su partido. No sucedió así, y los pelotones con valor y verdade-

ro entusiasmo, espontáneamente y sugestionados por la libertad, se aprestaron á la lucha, despreciando los formidables obstáculos que la guerra presentaba; y sin desmoralizarse jamás por las derrotas; sin impaciencia por una paga aventurada; sin cansancio por las marchas siempre forzadas y con las fatigas del hambre, del cansancio y del frío; sin temor ante un enemigo tan fuertemente equipado; sin temor á la muerte, casi segura, presentando ¡cuántas veces, sólo el desnudo pecho ante la mortífera boca del cañón! Estos pelotones por su valor positivamente indómito, siguieron á su libertador con la constancia del que razona sobre el bien que persigue; con la fe del que espera la justicia; con el fanatismo que inspira todo lo que es grande y fascinador; así, pues, razón le sobraba al Sr. Hidalgo para aceptar estos pelotones, y justicia merece su natural proceder.

Por otra parte, él amaba al pueblo, y no porque comprendía sus defectos lo juzgaba indigno de protección; por él peleaba; por libertar á este pueblo más que á ninguna otra clase social, había estallado su indignación; justo, pues, y muy consecuente con su idea era aceptarlo como ayuda y ampararlo bajo su bandera; al concurso de estos pelotones se debe nada menos que la libertad de México. Pues ellos, sólo por su terrible esfuerzo, destrozaron las numerosas fuerzas del Rey en Guanajuato y Monte de las Cruces, dando impulso á los que pelearon después, con este ejemplo, y animando á los que consideraban un sueño oponerse á un dominio tal. A ellas, en las muchedumbres, se debe también la lucha desesperada, la indómita pujanza, la resolución y firmeza que demostraron en Calderón, disputando al bien dirigido enemigo, el triunfo por más de seis horas de horrísono fuego, en que abatieron por completo las fuerzas del Conde de la Cadena y se apoderaron por inusitado esfuerzo, de ventajosos puestos del enemigo. La derrota debióse sólo á caso fortuito, á un acontecimiento que como el incendio de la pólvora, en esta acción, trae el desorden en una parte y la confusión en el total. Pero ésto es imprevisto, inevitable no sólo en las multitudes, sino en los grandes y poderosos ejércitos; estos son acontecimientos que, como se ve tantas veces en la historia, han decidido de la gloria ó desgracia de ejércitos envidiables por su organización.

Alguien parece que propuso al Sr. Hidalgo que sacasen de estas multitudes siete ú ocho mil hombres para enseñarles la táctica militar y aprovecharse de ellos, en el corto plazo de dos meses, como de fuerzas bien disciplinadas.

Esto no era más que un buen deseo y una bella ilusión de quien

lo proponía. El Sr. Hidalgo siempre aceptaba humildemente y sin objeción las proposiciones que consideraba realizables y justas, como aceptó el proyecto sobre la utilización de los bienes confiscados á españoles para el sostenimiento de las tropas insurgentes. Las bases de este proyecto fueron tan provechosamente comprendidas, que, aceptadas con beneplácito del Sr. Hidalgo, felicitó calurosamente al Sr. Rayón por su inteligencia y patriotismo. No debe, pues, haber creído posible la anterior idea puesto que la rehusó.

Comprendió que las multitudes que se prestan en un momento dado á la heroicidad, no resisten, sin embargo, atención que requiera la enseñanza, ni una severa disciplina, ni el cambio de jefe, ni el lugar de actividad y constante acción. Que lejos de su jefe, que los fascinaba con su palabra y los sostenía con su poderoso influjo; que lejos del teatro de los acontecimientos, se habría resfriado en ellos la idea que los dominaba en el combate, y se habrían desbandado sin pensar en volver á un aprendizaje propio del que reflexiona, pero no de las multitudes que, como los niños, son de acción inmediata y decisiva, pero de extrema volubilidad.

Por otra parte, dos meses no habría sido nada para la enseñanza de esas tropas y sí el tiempo suficiente para que el Gobierno, cargando sobre ellas, que además de las mismas malas condiciones, reunían ahora la disminución del número, hubiese acabado con ellos, y con ellos también, el ánimo de los que en otros lugares se levantaban.

Jamás el Sr. Hidalgo dejaba de dar sus razones en las determinaciones que tomaba. Así, el documento que existe sobre los motivos de su retirada ante la ciudad de México, no deja duda de su juicio, pues más prestigio dió á la revolución levantándola y propagándola por las comarcas que recorrió hasta Valladolid, que exponiéndola en una muy aventurada acción, como hubiese sido la toma de México después del triunfo de las Cruces.

No; el Sr. Hidalgo, que presintió no ver el fruto de su obra, quería propagarla, dejar á su muerte, como lo hizo, levantados á otros jefes que secundasen su idea, y para eso era preciso que él, que gozaba de simpatía y prestigio, se presentase en otros lugares como lo hizo en Valladolid y Guadalajara, y no aventurar el triunfo muy dudoso y extremadamente difícil con el ataque á la Capital.

Nó; no fueron los errores del Sr. Hidalgo, ni su sistema de luchar con las multitudes, la causa del desgraciado fin del primer período de la guerra de nuestra Independencia. Existen documentos que atestiguan que jamás se dió una batalla por su orden absoluta, si-

no que su opinión era propuesta, discutida y por fin aceptada; opinión, pues, de la generalidad.

El Sr. Allende, militar entendido y pundonoroso hasta el más alto honor; valiente hasta el heroísmo y á quien la patria debe el sacrificio de la vida en pleno bienestar y juventud, fué, sin embargo, por su carácter impetuoso y dominante, el que involuntariamente, sin dudarle, contribuyó al fracaso sufrido en el primer período de nuestra gran revolución.

Por su disgusto con el Generalísimo Hidalgo, que muy acertada y prudentemente se retiró de las cercanías de la Capital sin atacarla, se separó del grueso de la tropa, dando con esta separación origen al descalabro de Aculco y á la pérdida de elementos, tiempo y vidas, por la derrota que sufrió el mismo Allende encerrado indebidamente en la indefendible, como tantas veces dijo Hidalgo, ciudad de Guanajuato.

Al Sr. Allende faltaba la previsión que da la inteligencia ilustrada y la calma que infunden la reflexión y la edad. La educación del Sr. Hidalgo no era militar ni había tenido oportunidad para enterarse de la acertada marcha de un gobierno para considerarse un político, un verdadero hombre de estado; pero su talento, su experiencia y profundo patriotismo y serenidad en el consejo, supían admirablemente las faltas últimas, ameritando admirablemente también todas las anteriores cualidades al egregio y nunca bien comprendido Padre de nuestra patria.

Sin el debido examen de los acontecimientos, con sólo el acaloramiento de la pasión, fué destituido del mando el Generalísimo, Hidalgo, á quien se atribuían erróneamente los fracasos de las armas insurgentes, principalmente la derrota del puente de Calderón. Destituido el Sr. Hidalgo, siguió sólo como prisionero bien custodiado, y el Sr. Allende con toda la responsabilidad de la situación.

El proceder del Sr. Allende en la destitución del Generalísimo fué altamente injusto, muy impolítico y terriblemente funesto para la patria.

Parece que desde el momento en que el Sr. Allende tomó la dirección de las cosas, la fatalidad los persiguió desde entonces y los condujo directamente á la muerte; en efecto, la determinación tomada por Allende de atravesar aquellos desolados desiertos del Norte, donde la tropa en terreno desconocido se desbandaba en número alarmante para el Sr. Hidalgo, quien lo advertía, pero cuyas observaciones fueron desechadas; fiarse candorosamente y de una manera tan resuelta á tropas desconocidas que acababan

de pronunciarse, después de haber sufrido ellas mismas tantas traiciones y desengaños atroces; no procurarse ninguna defensa caminando los convoyes tan separadamente que fué imposible proporcionarse mutuo auxilio; y exponerse, en fin, tan imprudentemente, para pedirle auxilio á una nación tan egoísta, que manifestaba claramente enfado en ayudar desinteresadamente á los insurrectos. fué el camino que por completo los aisló de toda ayuda, facilitándoles la senda retrospectiva del cadalso, como desgraciadamente se verificó.

Si el Sr. Hidalgo hubiese continuado con el mando supremo después del desastre de Calderón, con toda seguridad las cosas habrían tomado otro giro muy diverso y altamente benéfico á la causa.

Conocía el Sr. Hidalgo la gran simpatía que los jefes tenían en el centro y Sur del país, el grande y poderoso partido con que contaba en estos mismos lugares la causa de la libertad. Contaba con otros compañeros leales y abnegados, los que, sin más interés que la libertad de su patria, ofrecían no sólo sus vidas en la lucha, sino su inteligencia, su actividad, sus conocimientos todos, utilizándolos en pro de ella sin medir el peligro, sin censurar su pérdida, pensando sólo en la utilidad general.

Los recursos que en armamento principalmente proporcionó el Cura Mercado para la defensa de Guadalajara, será siempre admirable, tanto por las dificultades vencidas para proporcionárselos, como por la magna empresa de remitir piezas de artillería tan pesadas, por los impracticables caminos que tenía que atravesar desde San Blas hasta Guadalajara. Dinero, gente, recursos de todas clases los tenían en estas regiones, por lo que, el Sr. Hidalgo hubiera seguido por estas comarcas, al no haber quedado ingratamente prisionero entre los mismos suyos.

Los recursos perdidos entonces en Calderón, que á pesar de haber sido una derrota sufrida, da la medida de la heroicidad de las masas insurgentes, hubieran sido recuperados con creces. No deben, pues, atribuirse á esta derrota, sino á las pasiones indómitas, las calamidades que vinieron después.

El Sr. Hidalgo, siguiendo el sistema del número, de la unión, como única fuerza de que se disponía entonces, dada la ignorancia del pueblo, hubiera acertado en pensarlo así, consumándose la Independencia en un plazo relativamente menor.

Unidos los principales caudillos; animadas las multitudes con un acontecimiento tal; en efervescencia todos los sentimientos para un esfuerzo supremo, como sucede casi siempre después de una



derrota; con bravos guerreros como Morelos, Mercado, Matamoros, los Galeana, los Bravo, etc., etc., y el talento del Generalísimo Hidalgo, que no se divagaba en formas aparatosas de gobierno, sino en la pujanza del ataque y en la defensa, se habría formado una avalancha que el Gobierno no hubiera podido resistir, y esta unión de la parte intelectual, que como se vé, tomó gran participación en la guerra, dirigiendo la fuerza de las masas, hubiera sido el triunfo completo é inmediato de la revolución.

Como la fuerza del patriotismo existía en la sangre de los conjurados, una derrota los habría separado para volverlos á reunir; pero si el triunfo los favorecía en una ó dos veces, como era muy posible, la suerte favorable de la patria pronto se habría realizado. La inteligencia habría, pues, dispuesto de sus medios invencibles.

## IX.

### SISTEMA DEL ATAQUE INSURGENTE EN EL 1º, 2º, 3º y 4º PERÍODO DE LA GUERRA.

El sistema de guerrillas, de destacamento aislado, de fuerzas dispersas, seguido después por el Sr. Morelos, por Mina y por Guerrero, aunque con gente más entendida que las primeras multitudes del Sr. Hidalgo, tuvo que prolongar forzosamente la revolución, siendo, en consecuencia, más desoladora, más sangrienta y sin resultado decisivo por muchos años. Divididos los insurgentes, pudo el Gobierno á su vez, siempre poderoso, oponer fuerzas de continuo superiores en número y en equipo, de tal manera, que los heroicos esfuerzos de nuestros bravos insurrectos nada significaban en el avance de la cuestión.

Los verdaderos esfuerzos del Sr. Morelos; los triunfos que le llenaron siempre de gloria en Chilapa, en Tixtla, en Chilpancingo, en Oaxaca, en Acapulco y en otros tantos puntos que sería largo mencionar; los cinco años de guerra en que este bravo campeón desplegó tantas actitudes, tanto talento guerrero y admirables dotes administrativas, haciéndose por fin admirable, aun por sus propios enemigos en el sitio de Cuautla, fueron contrarrestados por otras tantas derrotas que en distintos puntos sufrían otros bravos

defensores, quedando siempre sin mengua el poder del Gobierno, á quien no afectaba de una manera alarmante tal sistema de ataque, desde la muerte del Sr. Hidalgo.

Un héroe hoy, otro más tarde, y así sucesivamente, fueron desapareciendo, en el caldoso siempre amenazante del Gobierno, nuestros grandes personajes. La desmoralización cundió, y si no hubiese sido por la firmeza sin ejemplo más digno del impertérrito caudillo Vicente Guerrero, la obra patriótica y desinteresada del Sr. Hidalgo habría acabado, dejando al egoísmo y miras personales la consumación de la Independencia, pero ligada siempre la libertad del pueblo al absoluto dominio clerical.

Examinada detenidamente la innumerable serie de combates que durante el largo período de once años se libraron entre realistas é insurgentes, se nota con satisfacción, que, en igualdad de número, por más que jamás haya habido igualdad en equipo y disciplina, los triunfos conseguidos por nuestros insurgentes fueron mayores y verdaderamente dignos de llamar la atención por las heroicidades que en todos se consumaban; y sin embargo, ninguno amenazó formalmente al Gobierno virreynal, debido solamente al sistema de defensa seguido después de la desaparición del sublime Padre de la patria.

Establecidas así las cosas bajo este sistema de guerrillas, un triunfo ó una derrota nada significaban en el avance ó decaimiento de la Independencia, porque constantemente esas, aquéllas y estas otras, estaban contrabalanceadas en ambos partidos. Pero para la patria, para la pérdida de sus hijos, para el atraso del comercio y de la agricultura, sí fué altamente perjudicial este sistema que ocasionaba torrentes de sangre por todas partes, pero toda era sangre de sus caros hijos. Sangre que acumulándose de año en año hacía la guerra, tanto más atroz, cuanto más interminable.

El número de insurgentes en este segundo período de la Independencia era mucho mayor que el de los combatientes de Guanajuato, Monte de las Cruces y Calderón; sin embargo, ningún triunfo de estos tres largos períodos de la guerra que siguieron al primero, amenazó formalmente el poder virreynal como lo habían amenazado aquellas masas de millares de combatientes.

El Gobierno, sin un peligro inminente, tuvo tiempo de meditar y establecer con calma y suma ventaja una defensa igual al ataque que se le presentaba por los insurgentes; y si el triunfo no se obtenía por ningún partido, sí las víctimas inocentes, así como entre los intrépidos guerreros, se hacían innumerables.

Para combatir las distintas guerrillas insurgentes como las del

bravo Gabino García, la del Cura Anaya, la de Villagrán, Villalongín, Encarnación Rosas, José Antonio Martínez, el Cura Correa y tantos otros, que, cumpliendo con su deber patriótico no deshonraron la causa que defendían, nombró el Gobierno á la gente más vil y sanguinaria; á los que no deseando conquistar un nombre con su mando, emplearon éste sólo para utilizar sus instintos de perversidad y exterminio. Así, la guerrilla «Volante» organizada por el implacable Venegas cometía tal serie de crímenes, como deben ser calificados todos sus actos, que, á pesar de la aprobación que de ellos hacía el Gobierno, se vió obligado á extinguirla por vergüenza, aunque tardía, de apoyarla en sus crímenes atroces.

En substitución de esta «Volante» puso, empero, á otros varios jefes, que no debiendo dárseles el calificativo de peores, merecen sí el de iguales en ferocidad. D. Juan Bautista de la Torre, español, cuya memoria irá siempre unida á la desolación y á la muerte que difundió por todas partes, fué uno de los realistas guerrilleros, que, valido del apoyo y consentimiento del Gobierno, se distinguió quemando pueblos enteros y matando indefensos sin distinción de sexos, ni edades, ni certidumbre de insurrección, y sólo por secundar el sistema de odio establecido por los jefes de más graduación. Cacalomacán, pueblo incendiado por éste y donde mandó matar á todos los vecinos que no pudieron huír, es uno de tantos ejemplos de los horrores que los agentes del Gobierno cometieron en esa época fatal.

Las mortandades llevadas á cabo por otro español, D. Ildefonso del mismo apellido, son terribles; pero las verificadas en el Cerro del Moro con todas las familias insurgentes refugiadas allí, constriñen el ánimo y llenan de indignación. Expresándose, en fin, con toda moderación y acercándose tan sólo á la negra realidad, no bajan de centenares de víctimas las que diariamente y sin motivo fueron sacrificadas en las poblaciones pequeñas, á donde quedaban por más tiempo ocultos estos actos de barbarie.

Los alrededores del extenso lago de Chapala, en una dilatada zona, así como los campos de Cópore, como las fértiles tierras de Zitácuaro y tantas otras que por su fertilidad eran el cuartel de bravos guerrilleros, fueron por uno y otro y varios realistas convertidos en los más desolados páramos, quedando al feroz Hevia la suerte de convertir en triste destierro, también una gran extensión de tierra caliente.

Y cien ahora, trescientos después, ciento cincuenta en varias ocasiones, y aquí un número igual y por otra parte otro mayor, eran las víctimas de aquella sangrienta lucha, que, como queda di-

cho. diariamente se inmolaban, pereciendo ya en el campo de batalla, ó ya fusilados después, casi todos los distinguidos jefes que en este período se distinguieron como bravos. El año de 1814 fué horriblemente desgraciado para México. No había distinción entre los realistas que mandaban pequeñas partidas y los jefes de mayor categoría, para desolar los pueblos y fusilar gente de todas clases y categorías. A D. Agustín de Iturbide no había prisionero que se le escapase con vida; y no sólo éstos, sino aquellos de quienes se figuraba sólo simpatía por la revolución, podían estar seguros ante él. Las mismas mujeres, respetadas en otras partes, y los niños, sagrados aun para los más bárbaros, no lo fueron al odio atroz de los realistas de esa época: por lo que se ve, las pasiones más ruines fueron las consejeras de los defensores del poder. Tanta sangre derramada sin razón fuera de los combates, hubiera sido lo más honroso en otros siglos para una nación poderosa de salvajes; pero mengua, una mancha verdadera, abominable acción, es para el poder dominador de México el furor de sangre que se despertó desde el Virrey hasta el más insignificante súbdito en la guerra que dió principio en 1810.

Si, pues, todos aquellos nobles esfuerzos de los insurgentes, se hubiesen unido en una sola potencia, el éxito habría sido incomparablemente mejor.

Claro es que el Gobierno, por su parte, habría contrarrestado esta pujanza con fuerza siempre mejor enseñada y con verdaderos aprestos de guerra. Pero para ésto habría tenido que desatender otros puntos, concentrando la fuerza al lugar más amenazado; y como el espíritu de Independencia existía por doquier, donde faltaba fuerza del Gobierno habrían, sin duda, levantándose más insurgentes. y á un movimiento más general habría sucumbido un poder por todas partes amenazado.

Algunos historiadores creen mejor este sistema de división seguido después del primer período de guerra, pues suponen que con esta táctica debilitaban el poder defensor; pero jamás este sistema podía debilitar más al Gobierno que á los mismos insurgentes que casi en lo absoluto carecían de armamento, aunque para conseguirlo hacfa esfuerzos verdaderos, inauditos, esfuerzos dignos de nuestra gratitud eterna.

Siempre se creará no tan censurable el sistema del Sr. Hidalgo. La unión da la fuerza, es principio indiscutible. Al principio las multitudes eran enteramente nuevas en la lucha; más tarde la experiencia y el inquebrantable denuedo, guiados por su ilustre Caudillo, habrían dado los mejores resultados. A las multitudes pa-

ra vencer en el primer período de lucha les faltó tiempo; en el segundo y tercer período les faltó unión; no en el pensamiento, que siempre fué el mismo entre ellos y sus jefes, sino unión en el combate, que era la única en que superaba el Gobierno; pues la fuerza moral, la fuerza de la justicia, era de los insurgentes y fué de todos los que se adhirieron á tan loable pensamiento.

### CONCLUSIÓN.

Conocido el noble fin de la guerra de Independencia por lo que se refiere á las ventajas que consigo trae el hecho mismo; conocidas las imperiosas razones que para proclamarla tuvieron los mexicanos que por tal causa se sacrificaron, resta sólo una comparación forzosa entre los medios de que se valieron ambos bandos combatientes; entre los procedimientos que los mismos siguieron para conseguir el fin deseado y pregonar entonces debidamente en todas sus partes el mérito ó desmérito de esta guerra que á México dió su libertad. Para que la apreciación que de ella se haga sea justa, es indispensable atenerse solamente á los documentos y relaciones ya autorizados por la historia.

El medio en que iban á verificarse los hechos era el peor para los sublevados. Saturado el ambiente vivificante de la época, de ideas anticuadas, costumbres, sentimientos religiosos, sistema de gobierno y procedimientos en general, propios de los remotos tiempos y sostenidos por el Gobierno Español, esencialmente conservador, nada aseguraba un éxito feliz á la sublime empresa de emancipación. Pero si estas trabas, presentadas naturalmente á las ideas progresistas de los independientes, hubiesen sido manejadas con la sola rigidez de la costumbre; si el Gobierno, para sostenerse en el poder defendiendo los dominios que legítimamente creía poseer, no se hubiese valido de medios excepcionalmente crueles, tiranos y bárbaros, México habría comprendido, y como digno, habría juzgado la defensa del Gobierno que atacó.

Pero el programa de defensa, presentado por el Gobierno desde el momento mismo en que supo la sublevación, programa plenamente aceptado y fielmente cumplido por los jefes realistas, puede decirse que sin excepción, no pudo ser ni más despótico ni más sangriento, ni más atroz. Su solo recuerdo contrista el ánimo y

obliga á la justicia á repeler las ideas de implacable exterminio á los insurgentes, emanadas del Gobierno y propagadas con el iracundo acento de la palabra, así por los indelebles caracteres de la imprenta, ya valiéndose el Gobierno para la ejecución de sus planes de viles traidores y asesinos, que instigaba al mal por los incitantes premios que por tales crímenes ofrecía; este proceder así, indigno de todo gobierno civilizado, es el que siguió, según la severa historia, el Gobierno Español en nuestra salvadora guerra de libertad.

Cuando la censura es recta, leal y franca, aunque sea cruel, subyuga, conmueve y modifica. Cuando el patíbulo se levanta sostenido por la majestad de la justicia, amedrenta, pero no deja tras de la ejecución sino dolorido respeto, soberana imposición. Pero la vileza usada bajo todas sus formas, la felonía aceptada por los realistas como sistema de defensa, no podía provocar sino menosprecio, exasperación y represalias; y para esto, jamás el lenguaje de los libelos ha sido más bajo é insultante que el que usaron los numerosos que divulgó la imprenta del Virreinato en contra de nuestros grandes libertadores. Las frases denigrantes de los seglares competían en denuesto con las que, profanando la respetuosidad de los templos, se divulgaban por el alto Clero en edictos, en los púlpitos y confesonarios. Nunca el hombre, el puesto público, la representación social, se envilecieron tanto ante la sensatez y justicia, como envilecidos nos presenta la severa historia, los hombres, puestos públicos, y representación social de los apasionados detractores de nuestra Independencia Nacional. Este odio concentrado de los dominadores á los dominados, puso de manifiesto en el ánimo de los primeros la alarma que siempre siente el que está amenazado de perder lo que no le pertenece por derecho; del que teme con justicia perder lo que ha usurpado. Más que todo razonamiento sobre este punto, los hechos se encargan de probarlo, pues desde el virrey hasta el último de sus servidores se encargaban de demostrarlo por inauditos medios. La miseria en que cayeron, no sólo los que directamente tomaron participio en la guerra, sino aun aquellos que fueron partidarios de ella por su sola opinión, es sin duda de los menores males que sobre ellos recayeron. No sólo la confiscación de bienes, sino otros muchos ilegales despojos en distinta forma y bajo distintos pretextos se llevaron á cabo con los independientes, de tal manera, que todos los que disfrutaban de riqueza, arruinados perecían en las prisiones, dejando á sus familias también en la indigencia. En las cárceles expiaban el anhelo de ser libres, no sólo hombres que podían con su espada

ayudar á sus hermanos, sino hasta mujeres como Da. Josefa Ortiz de Domínguez y Da. Leona Vicario, y tantas otras que ya conoce la historia y que sería largo de referir. Los patíbulo, las mortandades espantosas fuera del campo de batalla, en que los jefes realistas hacían gala de su implacable ferocidad, no permiten al sentimiento humano, ni á la parcialidad patriótica, ni al más tranquilo criterio, amenguar estas injustificables acciones en su culpabilidad.

Imposible sería en tan cortas páginas, relatar uno á uno los hechos con las circunstancias agravantes de cada cual; hechos de que los realistas nos dejaron, no el más sombrío, sino el más negro, el más tétrico, el más desolador recuerdo. Baste saber sólo, que este negro cuadro presenta el conjunto más inicuo y desastroso que, manchando el proceder de un gobierno civilizado, influyó notablemente en la conducta de las masas heterogéneas que luchaban por la libertad. Ellas, las multitudes, que veían descender los sentimientos de los magnates hasta el más bajo nivel de ruín perversidad, no encontraban digno de aplicar á aquel Gobierno ningún castigo ideado por su justo desprecio é indignación. La desaparición de millares de hermanos, muertos sólo por ferocidad, cuando el Gobierno disponía de multitud de cárceles y otros tantos medios de separarlos de sus compañeros, sin recurrir á la muerte, los exasperó, y pidieron la revancha y pensaron entonces en la represalia, como era preciso que sucediera en un medio creado por el Gobierno, y que inspiraba sólo espanto, horror.

Por esta consecuencia del proceder virreinal fué obligado el Padre de la patria, después de una serie de reflexiones que deben haberlo atormentado, á ceder al pedido de la canalla, como él llamaba á las multitudes, sacrificando á las víctimas de Valladolid y Guadalajara. Basta saber que entre aquellas multitudes humanas había instigadores inmediatos de negro corazón, y que sin raciocinio, creían de su deber la venganza de sus compatriotas; que sabían de una conspiración fraguada por los prisioneros españoles, y que pedían con amenazas quizá, la vida de aquellos que con su ayuda se tramaba; y basta saber que aquellas multitudes exigentes, eran las únicas sostenedoras entonces de la patriótica causa, y que la muerte de ésta, por un tumulto de aquella plebe que hubiese creído traicionada al no acceder á su petición, hubiera significado el gran desprestigio de la fuerza, y con él la humillación, la esclavitud de la patria todavía por muchos años y la muerte segura de millares de mexicanos. Sí; estas y otras causas poderosas por las difíciles circunstancias en que se encontraba el abnegado Autor de

nuestra libertad, lo obligaron á una debilidad semejante, pero jamás por sus antecedentes y conducta posterior, puede acusársele de malignidad de sentimientos. Malignidad es cuando la acción cometida pudo haberse evitado sin originar males mayores; mancha tampoco es, como algunos pretenden, en la causa de nuestra libertad, porque mancha es la que difiere del color general, y en el sangriento fondo del cuadro trazado por el Gobierno mismo, nada hay en la conducta de los insurgentes, justa é imparcialmente examinada, que sobresalga de la lóbrega conducta de la autoridad.

¿Qué significa, en efecto, la obligada tolerancia del Sr. Hidalgo, en que las difíciles y apremiantes circunstancias convertían su pensamiento en torbellino de ideas imposibles de premeditar? Qué significa, sí, su violenta determinación ante la horripilante ferocidad de los principales representantes del Gobierno, Calleja y Flon, que por distintos puntos de Guanajuato entran tocando degüello en aquella ciudad, que ya indefensa, tenía que sufrir la sanguinaria disposición en indebido castigo de sus pacíficos moradores; ante aquella aterradora calma que inexorable mantuvieron para reunirse en las Casas Consistoriales á premeditar los castigos que pronto tuvieron verificativo; castigos que de distintas maneras, pero principalmente en las horcas que por varios rumbos de la ciudad se levantaron en número considerable, y en donde lo mismo el joven decente que el más infeliz del pueblo eran sacrificados; horcas desde las cuales diariamente se oían los lamentos de las víctimas, que sin ningún participio en la revolución, no lograban conmover el ánimo de aquellos seres sin conciencia, de aquellos jefes cuya vida era el odio, cuyo placer la venganza? ¿Qué significa la conducta del Sr. Hidalgo ante aquella negra disposición de ánimo de Flon, que por inmediatas órdenes y ante su inmovible presencia se inundaban de sangre los patios de Granaditas, teniendo la indescriptible calma de mandarlos despojar de los sangrientos despojos humanos, para que pudiesen seguir las espantosas matanzas? ¿Qué significa la orden arrancada al Sr. Hidalgo por la multitud influenciada por la cruel conducta del Gobierno, que, ipnotizada por el vapor de sangre que se levantó siempre como indeleble huella del ejército realista, pedía la venganza como justa en aquel medio preparado por los mismos representantes de la legalidad? ¿Qué significa, sí, aquella orden de fusilamiento ante las mortalidades calculadas, perfectamente meditadas y llevadas á cabo sin más necesidad que saciar el sanguinario instinto de Concha, D. José de la Cruz, Trujillo, Porlier é Iturbide? Aquellos arroyos de sangre, aquel desolador incendio, aquella devastación general, sin más objeto á la



defensa de realistas que imponer su aterradora potestad? ¿Qué significa, pues, la acción del Sr. Hidalgo consintiendo, por la indignación de la multitud, en la muerte de hombres indefensos, pero que en su situación de señores en la Colonia habían esclavizado al indio, vejado al mestizo, humillado al mexicano? ¿Qué significa, sí, esta violenta determinación de la multitud. ante la acción sin ejemplo en las naciones modernas, ante la indescriptible villanía verificada en el niño Rosales, de once años de edad, que fué azotado y fusilado después, sin más culpa que no haber podido verificar tan ruin acción en la persona de su valiente padre? Nó; nó; preciso es callar tantos y tantos otros y verdaderos crímenes cometidos por saña y verdadera competencia por la casi totalidad de los principales jefes del poder realista; pero en ese negro fondo del cuadro de la guerra de Independencia trazado por el Gobierno Virreinal no cabe, nó, ninguna comparación, si severa, pero imparcialmente se juzga á los defensores de la libertad. Nó; ante la densa obscuridad que produce la sangre vertida fuera del combate y sin justicia en aquella borrascosa lucha, no puede, nó, resaltar la injusta sangre derramada en Valladolid y Guanajuato, pues encubierta, perdida, queda entre la mar de iniquidades con que el Gobierno inundó nuestra patria por once años de lucha en sus postrimerías de poder.

Ante aquel fondo negro todavía para el recuerdo, pero que preciso fué bosquejar para la explicación de los hechos, no pueden, nó, resaltar sino las limpias, las verdaderamente brillantes acciones que enaltecen el ánimo de todo mexicano, que enorgullecen nuestro sentimiento nacional, y levantan nuestra historia hasta donde es posible que ascienda la grandeza humana. En verdad, sí, acciones generosas bajo todos conceptos como las que menciona la historia en los defensores de la libertad mexicana, se registrarán iguales, mas nunca superiores, en la historia de todos los pueblos y de todos los tiempos.

La fuerza material poderosa en esta guerra no permitió el triunfo limpio de la idea, porque después de once años casi de indecisos combates, sólo el Sr. Guerrero mantenía con la fuerza de sus escasas tropas la idea de emancipación liberal y pura que el Sr. Hidalgo proclamó y que con el resto de distinguidos patriotas sostuvieron con fe.

Si, pues, la guerra de Independencia se ideó y llevó á cabo por libertar la patria de un gobierno usurpador, y que, como extranjero y usurpador, se mantuvo los trescientos años de dominio, pues no hay en verdad ni un solo hecho en tan largo transcurso de tiempo, en que no se impusiese siempre como absoluto, siempre como

despótico señor; la guerra fué, pues, en cumplimiento de un sentimiento natural en sus nativos hijos, por tanto muy justo, y en toda la extensión de la palabra, legal.

Si además del indiscutible egoísmo de este Gobierno para fomentar el adelanto del pueblo que subyugaba, no disponía de los esclarecidos medios civilizadores de otras muchas naciones en la misma época, y en cuyo poder nuestros abandonados indios habrían cambiado su condición de seres degenerados á la de hombres de valor y provecho, la guerra se imponía por la naturaleza misma de la perfección social, haciéndose la guerra necesaria, indispensable para deshacer tan infructuosos lazos y tan nocivas y duras cadenas.

Si la guerra, como lo indican claramente las ideas de sus inteligentes promovedores, fué con el objeto de suprimir instituciones anticuadas como la del derecho divino de los Reyes, como la supresión de inmotivadas y larguísimas prisiones y martirios en las mismas, y suplicios de los cadalsos, tormentos de la Inquisición y tantas otras disposiciones gubernativas y arraigadísimas costumbres que no se avenían á las humanitarias miras del adelanto moderno, costumbres que hieren el sentimiento y repugnan á la razón, la guerra fué provechosa y altamente moral.

Si los medios de que los insurgentes dispusieron para retar y hacer frente á tan omnímodo poder como era el establecido en México desde 1521; si los elementos de que dispusieron fueron siempre en su largo período de lucha, tan escasos y pobres, por lo que no lograron vencer radicalmente, á pesar de sus denodados esfuerzos, la guerra fué admirable y verdaderamente heroica.

Y si la conducta de los labradores insurgentes, sin instrucciones guerreras ningunas, pero siguiendo las prácticas de la buena voluntad y los sentimientos humanos, fueron tan recomendables; si tuvieron siempre abnegación y constancia sin ejemplo; si sus miras fundamentales fueron de ilustración y positivo altruísmo, la guerra fué sublime y esencialmente gloriosa.

Si como indispensable es á la paz y progreso de los pueblos la homogeneidad de los elementos que los constituyen, la guerra de Independencia en nuestra patria fué unitarista y altamente provechosa para la fusión de las distintas castas que antes existían, pues desde la consumación de la Independencia y establecimiento del partido verdaderamente liberal, todos los hijos de México quedaron bajo el amparo de la misma ley. Debido á la conquista de nuestra autonomía, marcha México, sin distinción de clases ni rangos, al unísono compás de la nacionalidad y patriotismo.

Si el gigantesco paso avanzado en el progreso el día 16 de septiembre de 1810 no dió luego sus felices resultados; no fué, como escritores enemigos lo pretenden, por lo prematuro de la separación de España, nó; ello fué porque desgraciadamente no se verificó el triunfo de la causa conforme á los principios ideados por los verdaderos genios de nuestra guerra, Hidalgo, Morelos y Guerrero. México, en el plan de Iguala y tratados de Córdoba, no tenía más que un representante de la Independencia proclamada en Dolores, Guerrero, quedando por la falta de elementos con que este gran patriota contaba y por las fatales circunstancias que para realizar la libertad se presentaron, grandes abusos, abominables males, que en pie, sostenidos por Iturbide y su funesto partido, originaron por muchos años sangre, turbulencias é infinitos males.

La misión de Iturbide fué derramar la sangre de sus hermanos, y su ambición fué causa de que esta sangre se derramara mucho tiempo después.

Vilmente asesinado el General Guerrero, no quedaba, en los comienzos de la patria libre, más representante del egregio Hidalgo, y la verdadera Independencia proclamada por tan noble anciano no obtuvo su verdadero triunfo, sino con las inspiradas ideas del Sr. Juárez y la inteligencia y gloriosa espada del impertérrito General D. Jesús González Ortega, cuarenta años después.

¡Mártires de nuestra Independencia cuyos nombres al fragor de los combates se perdieron á la historia, loados séais; la gratitud de los que hoy gozamos libres envuelva la tierra que os abriga como ósculo de paz, y la justicia que animó vuestro espíritu en el martirio adorne aquella tierra para siempre, como el único lauro que perdura en la sombra inalterable del olvido!

¡Jefes heroicos y abnegados de nuestra libertadora guerra, cuyas hazañas perpetuaron vuestros nombres con la enseña indeleble de la gloria, benditos séais; la gratitud de los que hoy gozamos libres se una, como siempre, á su memoria como símbolo de admiración, y la justicia que animó vuestro espíritu en tan grandiosa lucha, el lauro sea que muestre eternamente su recuerdo!

¡Hidalgo, sublime y augusto mártir de la libertad, cuyo nombre, valor y patriotismo sintetiza, loado siempre seas; la inmensa gratitud del mexicano que á tí debe dignidad y grandeza sea la excelsa alabanza con que invoque respetuoso y conmovido tu memoria; que la justicia que avivó en tu espíritu la idea de Independencia redentora, el lauro sea que siempre ciña tu cabeza, como la admiración que infundes es ya la aureola de tu inmortalidad!

